elclubdelajirafa

renzopugliesi



el club de la jirafa



el club de la jirafa

renzopugliese





primera edición, 2006

el club de la jirafa

ISBN 9972-9922-x-x
Hecho el depósito legal en la
Biblioteca Nacional del Perú 2006-3828

dirección editorial
Alvaro Lasso Díaz
editor
Manuel Fernández Sánchez
diseño y diagramación
Camila Bustamante

Mz.K Lote 10, urb. Reducto, Lima 34, Perú
teléfonos (511) 99585111 - (511) 99197416
editorialestruendomudo@gmail.com
www.estruendomudo.com

cazadores de estrellas

Para Adri
Niña Luz y
Cazadora de Estrellas

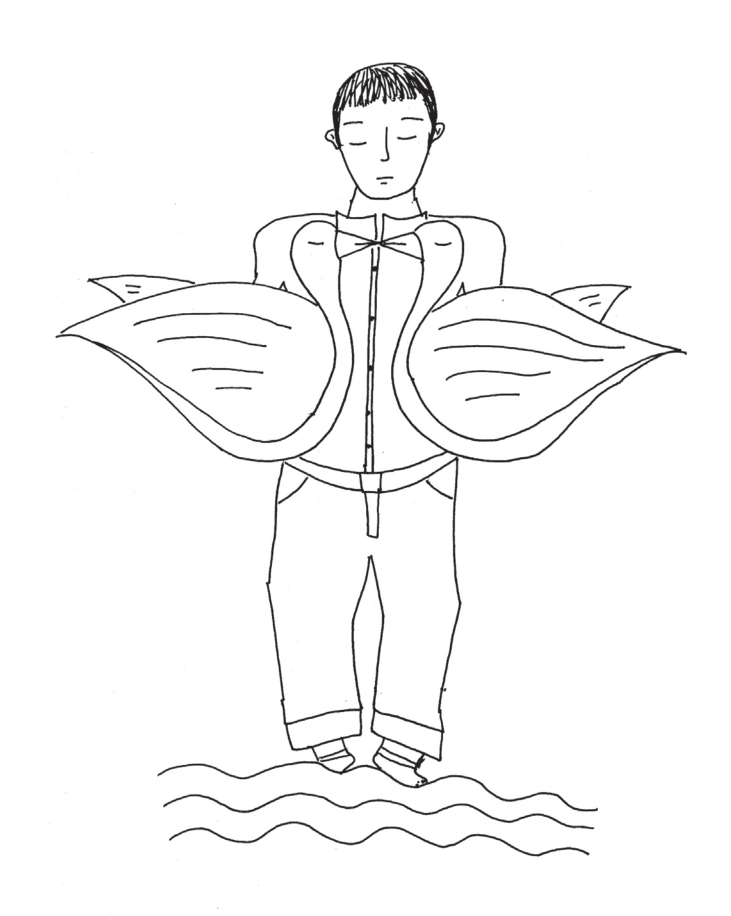
Uno empieza joven. Los ojos inquietos van mirando el cielo como una sábana infinita con manchas y nudos de luz. La mirada desnuda va saltando de azotea en azotea persiguiendo cualquier tenue resplandor. Al principio uno cree que puede atrapar la primera estrella pintando las manos de azul e intentando atarlas a un pedazo de cielo.

Luego se cae en la cuenta deque el cielo no se deja convencer tan fácilmente. Que tantas manos ya se han disfrazado de cielo y de gota de lluvia para cogerse a su latido y no soltarse nunca.

Entonces uno recurre a otras estrategias. Se van agrupando estrellas de hule en el iris del ojo. Otros cazadores, más ingeniosos, dejan los zapatos lustrados por el sol encima de un rascacielos esperando que una estrella fugaz deslice su cuerpo repleto de lluvia sobre las suelas claveteadas con caucho y cartón.

Tuve muchos años de cacerías fallidas, andaba con los bolsillos huérfanos de estrellas. Miraba cielos despejados hasta que mis pestañas se nublaban de silencio y colores dispersos. Conocí a una niña que vestía al sol con naranjas mandarinas y flores violetas. Ella era la única que lograba amarrar las estrellas a las alas desplegadas de los ángeles que se encontraban dispersas en las azoteas de una ciudad repleta de latidos y pasos.

Aprendí a su lado a seguirle el rastro a las huellas de las constelaciones y a permanecer con los ojos abiertos toda la noche, hasta que un leve resplandor se apoderara de ellos. Ahora las estrellas me persiguen de cielo en cielo. Y los ángeles viven urdiendo mis ojos en telares de agua y fuego.



Miscelánea



a trinidad, mi desvarío íntimo

poema a trinidad

Trinidad, estrella húmeda, brillas fulminante en mis labios. Mi saliva se estremece en las vibraciones de tu cuerpo. La música de mis días se tatúa en tu ritmo. La música de mis noches también cede y hiende cuando te acercas y te dejas tocar. Sonámbula híbrida. Yegua de fuego.

El silencio se prolonga cuando cierras tus arterias y gritas en mis manos. Toco con mis dedos las melodías de tu cuerpo. Toco con mi pulso y respiración tu aorta y la membrana donde te unes con mis vellos. No hay escala a la que no pertenezcas. Mi lengua ha sentido el pulso secreto de las noches en las que te entregas a mis manos. Mis manos han soñado con tocarte toda la vida. Mis manos ya no saben si existes realmente o si ellas te inventan cada noche y no terminan de inventarte mientras tú tiendes un hilo que une tu respiración a mis manos. Imágenes-vidrio. Sonidos indivisibles donde la noche se entrega al latido de la música. Tu cuerpo brilla desde su orilla más lejana. Pequeña estrella, enredada al fuego de mi aliento.

cartas esparcidas

Me gusta muchísimo la imagen de las cartas esparcidas en el cielo…

Me imagino una historia que sea una serie de cartas incompletas (fragmentos, oraciones inconexas), y que den la sensación de establecer lazos o extraños vínculos entre sí. Mientras realmente están separadas… volando por los aires, a punto de caer al suelo y desparramarse.

Las cartas obviamente ya no saben qué ojos se posaran sobre ellas o con qué intenciones terminarán en nuevas manos. Las cartas ya han perdido completamente la noción de destinatario. O más bien, han generalizado la noción del destinatario y se han vuelto anónimas parlanchinas, lamiendo en la acera sus últimos residuos humanos…

sobre el silencio

H,
El romanticismo y sus fantasmas poblaron la soledad con criaturas extrañas, el mundo interior aislado e intocable. El poeta encerrado en su torre de papel, desgarrándose, sufriendo por preservar una interioridad sagrada, única. Quién de nosotros no ha sucumbido alguna vez a ese encantamiento: la soledad como las huellas internas de las sensaciones que llevamos en los bolsillos de la conciencia, los ojos tatuados hacia adentro iluminando las arterias y desperdigándose por los torrentes sanguíneos. Los románticos idearon un extraño sistema para racionalizar las sensaciones. Las sensaciones y la forma como nos acercábamos a ella sirvieron para diferenciar a los hombres: hombres más sensibles (artistas por supuesto) y el vulgo. La sensibilidad se desarrollaba y se cultivaba por las mentes exquisitas, capaces de mirar el mundo bajo las estéticas artísticas dominantes: es allí donde surge la imagen del artista incomprendido, aislado de la sociedad en la que vive, cuyo único refugio y búsqueda es la soledad (esta imagen romántica del artista persiste aún hoy). Quiero mirar de frente esta imagen, interrogarla, es en verdad una soledad que se asume como tal o una soledad artificial: ¿un hombre que en verdad sufre o una máscara que ya no siente el dolor del rostro? El poeta, no lo olvidemos, es un viejo fingidor (Pessoa dixit). ¿Para qué jugar a ser incomprendido? ¿Qué gana la poesía con esa postura de incomprensión?

El poeta/artista/hombre(o mujer) está solo muchas veces, eso es cierto. Todos los hombres y mujeres estamos solos y la conciencia de esa soledad nos hace humanos. Es esa misma vivencia de la soledad la que nos impulsa a comunicarnos. Nada más difícil que acercarse a esa soledad, y aprehenderla. Quizás, inventamos el lenguaje para pensar que podemos algún día romper los espejos que separan a un hombre de otros hombres. Espejos que nosotros mismos proyectamos hacia afuera y hacia adentro. La poesía está en el límite entre el espejo interno y el externo. El mundo interior y exterior se tocan, en un poema. La poesía es finalmente una música extraña: las palabras heredadas son nuestras otra vez, juegan con nosotros, suenan como sonajas o trompos. Pero las palabras, al mismo tiempo: llegan a sus límites o sus fronteras, y se nos escapan o bifurcan de sus rutas habituales. Los

románticos tuvieron la virtud de rescatar al individuo, pero lo encerraron en una prisión de espejos. La poesía también es social (no en el sentido estrecho por supuesto en el que a veces ciertas ideologías la han prostituido), porque comunica y anda (y anda todavía) bailando de boca en boca, antes de fijarse en texto. No hay que encerrar a la poesía en individuos para ponerla sobre un altar y convertirla en algo sagrado (no hay que olvidar que la poesía desde sus inicios ha estado marcada por los latidos de una música incontrolable). La poesía también es el ruido, el movimiento de una ciudad, los claxons, la velocidad de los carros que llevan polvo y viento, los sueños eróticos de los faros que desnudan con sus ojos a los barcos, las sábanas blancas en donde los marineros tatúan con su saliva a morenas, los puertos bulliciosos donde la espuma del mar brilla todavía vehemente.

Pero la poesía también es ese hombre que pasa entre esos espectáculos bulliciosos y dibuja un sol en una acera con una tiza amarilla. Recoge y retiene en la retina el dibujo del sol.

Camina hacia el mar donde verá otro sol descender entre las olas. Retiene también ese otro sol en la pupila. Espera, y en absoluto silencio escribe:

"El silencio
como una moneda cualquiera
tiene dos caras:
el sol que incendia el mar
y el sol que dibujo sobre la acera"

(El sol sobre el mar es un espejismo para los marineros.
El sol sobre la acera es una sombra danzando entre los autos).

Ambos son iguales: el silencio anterior y el posterior al poema son una ficción. Hay un silencio más grande detrás. Lo que nos parece silencio, sin embargo, no es más que otra forma de música que quizás no lleguemos a tocar nunca, o que tocamos siempre sin darnos cuenta. Son las 2:29 de la madrugada, mis palabras desvarían (entiendan), la nota sol, el sol sobre el mar, el sol sobre la pista, todos flotan, la sol-edad es múltiple cambiante. No hay un silencio ni una sol-edad, pensar eso es un espejismo: hay silencios, sol-edades. Hasta nuestra misma sol-edad cambia todos los días. Cada día que pasa somos diferentes y los mismos. La poesía (presencia y ausencia, palabra y silencio) lleva las marcas tatuadas de todos esos soles hacia la vida.

R

«un hombre es un actor desde que nace»

A Jorge Acuña

Estamos sentados en una mesa de madera conversando sobre una película que busca integrar la vida y el arte. La representación de la vida es el arte. La manifestación del arte es la vida. Arte y vida: dimensiones que se cruzan, se alimentan y fermentan en nuestros ojos. Las botellas a nuestro lado son reservorios secretos para que las gargantas estallen y se desaten las lenguas. Verborrea: lenguas danzando, agitadas, transpirando sobre la mesa. Las lenguas sienten la saliva que carga toda historia. Hay un hombre que carga más historias sobre el lomo que ninguno de nosotros: Jorge Acuña. Historias de todos los tamaños entran en su boca y tiemblan. Les llegó la hora, saldrán como imágenes voraces a esparcirse sobre la noche. La noche abrirá sus dientes sucios y masticará lentamente todo. Quedarán como espectros imborrables, delineadas sobre la mesa, las historias de una cárcel selvática llena de hamacas, donde se vive mejor que en el pueblo. Los sótanos del Real Felipe todavía escuchan los latidos temblorosos de la oscuridad. Los prostíbulos de Ayacucho, donde una mujer sifilítica aguarda a un distinguido profesor ataviado con la lujuria de la muerte. Las posiciones que toman el hombre y la mujer para beberse mutuamente sobre trapecios. El erotismo que se esconde en la lengua y enciende los encuentros y desencuentros de las parejas… Las posiciones que los aeroplanos del cuerpo fijan para descender mutuamente sobre una pista aérea trazada por la tiza húmeda de la lengua.

Se sienta un doctor en nuestra mesa, y nos pone en una bandeja la literatura como un cerebro diseccionado. Seguimos hablando, de amores, del amor platónico y del amor real y turbulento. De la distancia que acerca y la cercanía que aleja a los amantes. Estamos cubiertos por la bruma de los cigarrillos. El suicidio dibuja pistolas de papel sobre la mesa. Alguien recoge esas pistolas, y las guarda para cometer un crimen imaginario. El deseo dibuja piernas de mujeres encima de las pistolas. Piernas largas y filudas, piernas despilfarrando su carne sobre la tenue línea fantástica de una minifalda. Una mujer imaginaria se vuelve el centro de la conversación, una mujer que Jorge persigue y que al doblar la esquina desaparece. La imaginación despierta de su sueño y todo se vuelve irreal y por eso mismo más real que nunca. El neurólogo le pide a Jorge Acuña que se pinte el rostro de miles de colores. Las sonrisas brillan. El cerebro trapecista

del neurólogo se aleja y se acerca a la locura. La vida es irse alejando y acercando continuamente de la locura. Las botellas cobran la forma de caballos y relinchan. ¿Son caballos o botellas de cerveza? Las que despiden espuma de mar como transatlánticos sobre un muelle de madera carcomida. El doctor se despide de los caballos, y nosotros volvemos a mirarnos meditabundos los rostros…

La vida vuelve a ser el centro de las bocas que despiden palabras. La vida como límite, pero sobre todo como posibilidad de escape, posibilidad de imaginarte otro. «El hombre es un actor desde que nace» (la frase es tan bella que me la dibujo en el brazo y al despertar al día siguiente la miro como un tatuaje inscrito dentro de mis ojos). Ser un transeúnte desconocido, en esta vida, cosiéndose la boca a una alegría rabiosa y desconocida. El seno de la madre goteando vida y fantasía en la mente del niño. El nacimiento y la muerte, el cordón umbilical que es la vida, que une al nacimiento y la muerte. El recuerdo, que aún palpita de otra conversación en la misma mesa, donde se dijo que la vida era un continuo nacer y morir. Cada hora, cada minuto, cada segundo que pasa y toca la carne tiene un amanecer y un atardecer. La continuidad entre la vida y la muerte. La muerte que nos lleva a otra gestación. La continuidad musical que existe entre el grito del niño y el grito del moribundo. El arte, como ese grito del niño y del moribundo, que pinta con crayolas de colores, la vida.

Jorge habla ahora, suelta relámpagos, «el arte no prolonga la vida, la mejora.»… «Una doctora… dijo que existían dos vejeces, la vejez psicológica y la vejez física. La vejez psicológica empezaba a los 35 años, cuando uno ya había conseguido lo que quería en esta vida. La otra vejez, la física, comenzaba a los 50 años, por el paso del tiempo y el deterioro progresivo del cuerpo. Cuando a esta doctora le preguntaron qué se podía hacer para combatir estas dos vejeces, ella dijo, para la vejez física mucho ejercicio y actividades físicas. ¿Y para la vejez psicológica? Poesía». La poesía y la fantasía, desde siempre atravesados, se han vuelto siameses ligados por los mismos delirios, que empiezan en las tabernas y se prolongan en las calles donde los pasos vagabundos se tropiezan. «No hay que ser como la araña que teje su red, atrapa a su presa y la convierte en mierda. Hay que ser como la abeja que hasta la mierda la convierte en miel». Las voces beben la miel que suda la lengua, extasiadas, las palabras nos acorralan, y resuenan alrededor nuestro. Las mesas se van quedando solitarias. Pero nosotros no queremos que la conversación termine. Las botellas también quedarán secas sin nuestras voces que entibian la superficie helada del vidrio. El bar ya está por cerrar, dicen los mozos. Saboreamos el último

vaso, lentamente, buscando que el tiempo se convierta en esa eternidad fija de un globo rojo clavado en el horizonte…

Una voz nos interrumpe con un verso que parece un trabalenguas… «Todos ustedes están muertos…». Nos vemos interrogados por una hormona femenina monstruosa, que escupe veneno y ponzoña. Una morena mendiga nuestros ojos con su orgullo y su pose altanera. «Yo soy pos-pos-moderna» dice. «Pos-no-jodas», dan ganas de decirle. Jorge se pregunta, quién está muerto realmente. Seguimos conversando. Pero la vida interrumpe con sus gritos nuestra discusión. La vida es también discusión, peleas, trompadas, cerveza desparramándose sobre el piso. La hormona femenina nos persigue, intentando humedecer sus labios con una cerveza apostada a la poesía. Pero la poesía no se apuesta, se vive. Caminamos buscando una cerveza, por Quilca. Bajamos por Nicolás de Piérola, mientras los gritos se suceden y los cuerpos alertas vigilan… «Policía…Ladrones», grita Jorge. La noche se ha convertido en una huida. Perseguidos por la vehemencia del desenlace inesperado, nos zambullimos por calles silenciosas donde nuestros pasos resuenan y guían a otros caminantes que somos nosotros mismos. Transformados dejamos atrás nuestras sombras como espectadores silenciosos de la disputa, y nos reincorporamos a la vida.

Adriana e Israel van desapareciendo hacia otra calle, donde el espejismo de otra historia se apoderará de ellos…

El mago Jorge Acuña el pájaro Jorge Acuña el niño loco Jorge Acuña el enamorado irremediable Jorge Acuña el encantador de serpientes Jorge Acuña se zambulle en un taxi que vuela por la vía expresa y se arroja al mar de Barranco en llamas. De pronto, amanece.

La velada como una estatua de ojos vivos y lenguas kilométricas se ha transformado en una película, llena de imágenes inquietas que tocan nuestra piel: superficie donde el mundo se toca con nosotros. La velada febril ha cobrado nuestros cuerpos y se ha convertido en arte.

…

Yo aún deambulé aquella noche, por calles furibundas que silban por el viento. Sonámbulo contaba mis monedas en una acera desolada, mientras la luna llena brillaba sobre mi cabeza y cobraba mis córneas de pasajero imaginario y las guardaba en su bolsillo. Yo entraba en un cuarto azul, soñando, con una resaca infernal. El amanecer inquieto entraba en mis huesos brillantes y me sorprendía dormido.

sobre la neblina y el sueño

"Qué pasaría si cada vez que soñamos una parte de nuestro sueño decidiera salir de nosotros hacia el espacio que ocurre afuera de la conciencia. Es probable, que cada sueño al cambiar nuestra percepción del afuera modifique también el espacio exterior. Imaginemos que alguien sueña con un árbol. Ese árbol tiene una rotación de 180 grados y sus ramas y copa parecen ahora una copa de vino… ¿Qué pasa si ese mismo día caminando encontramos un árbol similar al del sueño? O si, caminando por alguna otra calle aledaña distraídos, ni siquiera mirando nuestros pies o la vereda, nuestra mirada se detiene fijamente en un árbol y vemos una solitaria copa de vino servida al pie del tronco.

Tomemos el idealismo como modelo para estas divagaciones, y veamos al mundo exterior como una proyección de miles de mundos interiores repletos de imágenes…

La confluencia de todos esos mundos interiores en el mundo exterior se asemeja, en algo creo yo, a una telaraña. Sin embargo, cualquier telaraña para el ojo más atento muestra sus hilos en el rincón más remoto de la habitación. No todos los hilos de los mundos interiores son visibles en el mundo exterior. Quizás haya imágenes que no tienen hilos que las sostengan y que son simples explosiones de la conciencia.

Recuerdo de manera muy difusa un detalle de la interpretación de los Sueños de Freud. No quiero parecer un especialista. El psicoanálisis está repleto de códigos y fantasmas que yo no conozco. Este detalle es el siguiente: Freud no era un idealista. Todo lo contrario, para él, los sueños eran fruto de vivencias reprimidas. En otras palabras, un sueño era el reflejo de algún deseo reprimido que se escapaba de los engranajes represivos de la conciencia.

Más allá de que estemos o no de acuerdo con esta teoría. Lo interesante es que en ella, de acuerdo con Freud, el mundo exterior penetra en nosotros cuando soñamos. Si mientras estamos soñando nos besan, o tocan, o si simplemente escuchamos

alguna tonada, eso transforma nuestro sueño. ¿Pero el sueño no nos transforma a nosotros y al mundo que construimos juntos cada día? ¿Cada día cuando nos despertamos, no somos otra persona con el mismo nombre gracias a la vida que llevamos dormidos?

Yo no sé qué continuidad o discontinuidad existe entre la vida que tengo cuando duermo y la que sostengo cuando ando más distraído aún que en mis sueños, pero con la excusa de que estoy despierto. Lo que sí sé es que inventamos una pócima entre todos, para ir asesinando las dudas de nuestra cambiante identidad con pequeñas certezas: el color de las ventanas, los nombres conocidos y propios, calles, atlas y mapas, caras, palabras, y millones de otros objetos son nuestros sedantes cotidianos.

Antes de dormirnos estamos completamente convencidos de quién somos ("…x o y…"), en qué punto del universo vivimos ("…z o w…"), y que mañana habrán pequeñas variaciones pero que "x, y, z, w" estarán allí como siempre mirándonos fijamente a las narices.

Todas estas certezas, muy necesarias por cierto, para la continuidad de la vida humana en sociedad son cuestionadas en los sueños. En los sueños la capacidad de metamorfosis se libera y nuestros ojos pueden ser libélulas, nuestras manos atardeceres y nuestro cerebro una cisterna que contiene todas las luces de la ciudad. Existe una imagen en el mundo que refleja esta elipsis permanente de cambios en los sueños: la neblina.

La neblina, difusa como el sueño, asume la forma que la mirada le da. La neblina niega las miradas preestablecidas y los objetos definidos. Como el sueño, o como los estados de ensueño, la neblina atenta contra la primera ley de la identidad: la unidad. Múltiple y cambiante, se niega a permanecer estática y va atravesando cielos y miradas.

Quisiera recordar, ahora, a ese gran ensoñador, Thomas de Quincy, sus ojos me parecen repletos de bruma mientras anda recorriendo con opio en los labios las calles de Londres repletas de una niebla tan densa como sus pasos dispersos. La ciudad que recorre este célebre escritor y los sueños que describe con la niebla blanca de su tinta se corresponden y se tocan.

Hay otra imagen, que asalta mis recuerdos, las noches de inviernos en Lima antes del amanecer. La neblina y la garúa se apoderan de las noches. El tránsito de la noche al día se torna difuso. Como cuando uno sueña, se está en diferentes lugares, en diferentes tiempos, y sin embargo ese estado de ensueño, como la neblina, parece cubrirlo todo, las copas de los árboles, las veredas, y los rostros de los transeúntes. Los diferentes estadios de la vida se confunden y multiplican".

Juan Manuel Obregón despertó. La neblina aún no se despejaba. Los árboles apenas se veían. Una copa de vino tinto brillaba encima de sus papeles al lado de una pluma blanca.

sobre la naturaleza de las cosas

Flor esférica

«La naturaleza es irregular. Imperfecta». - dijo el ingeniero Juan Francisco Escobedo. «Diseñaré una flor esférica, de raíces cilíndricas. Los pétalos serán poliedros móviles. Las ramas, figuras trapezoidales. El polen tendrá la forma de una elipsis. Así la geometría habrá penetrado al reino de la naturaleza. Y la belleza será medida utilizando la fórmula geométrica que guiará la constitución de la materia».

La flor abrió los pétalos…
Juan Francisco Escobedo cerró los ojos.

Carta al señor Juan Francisco Escobedo

Señor Juan Francisco Escobedo,

Quisiera criticar abiertamente su posición con respecto a la in completitud de la naturaleza. Y a lo bizarro que resulta calificarla como, cito textualmente: «… irregular. Imperfecta». Me parece que usted cae en un error injustificable, cuando so pretexto de construir un modelo de universo geométrico, con-funde los sentidos o significados de irregular e imperfecto.

Aun si admitiéramos que una figura del universo es irregular, no por eso podemos deducir que es imperfecta. Existen figuras perfectas e irregulares. Nuestro universo, me parece, es perfecto a raíz de sus formas irregulares. Son estas irregularidades las

que han permitido que se produzca la vida, a la que abiertamente calificó como un accidente perfecto y, por eso mismo, irregular en sus formas de existencia y formas de reproducción. Reitero mi posición y mi atrevimiento al sostener que es la misma irregularidad de las formas la que permite la perfección continua de la vida.

Lo saluda atentamente,

La flor esférica.

instrucciones para escribir un poema

(receta única y sin copyright)

1. Arranque una hoja en blanco de su cuaderno.
2. Póngala frente a Ud.
3. Mire la hoja en blanco firmemente.
4. Empiece a escribir lo primero que se le ocurra en cualquier lugar de la habitación.
   (Excepto en la hoja en blanco)
5. Siga escribiendo en el techo, las paredes, el baño, el lavatorio, su propio cuerpo, etc. Hasta que la fatiga gane a sus miembros.
   (No se le ocurra escribir todavía sobre la hoja en blanco)
6. Lea todo lo que ha garabateado en las paredes, en el techo, en el piso, en sus propias manos, brazos y piernas. Siga leyendo hasta que encuentre 2 o 3 frases, 1 o 2 oraciones, o unas cuantas palabras, que nunca esperó escribir o encontrar deambulando alrededor suyo.
7. Escríbalas en la hoja en blanco.
8. Mire fijamente la hoja y vuelva a leer lo escrito.
9. Proceda a borrarlo todo.
10. Deje a la hoja en blanco libre ya de palabras descansar a su lado.
11. Arranque una hoja en blanco de su cuaderno.
12. Repita nuevamente pasos 1-12.

lunario

Luna azul

Luna de borde azul y queso Blue cheese Tu sonrisa de dientes azules que va picando el espacio con sus caries-asteroides polícromas Desde siempre te he visto luna con tu camisón marino y el vientre redondo Con las huellas de los dedos sucios de las estrellas que se cuelgan a tu pecho como niños engreídos y lanzan escupitajos azules que te dejan fría y azul titiritando con el cuerpo abalanzándose 90 grados hacia el sol: Astro de luz uniforme que también quiere ser azul y sin embargo sólo se es azul en determinadas épocas cuando uno está patas arriba melancólico hasta los huesos tendido en la cama soñando que la luz del cielo se refleja en un pedazo minúsculo del ombligo y crece como una daga azul hacia adentro y penetra profundamente en las venas y las vuelva maniáticas y esquizofrénicas y entonces uno sufre de azul a morir y se cree que es una exacta réplica de una estatua azul y quiere uno lanzarse de un parapente azul volar sobre el cielo azul dejar el semen azul en medio de una nube y aterrizar sobre un gato azul que bebe todos los días el bendito Blue cheese que ya casi no existe excepto en el ocaso que marcan con su rutina los carteros y las mujeres de caderas anchas que van bamboleando como a una minúscula fruta al sol azul que eres tú pequeña Blue Moon (llena por partida doble cada mes) Sólo tu figura azul fulgurante hasta el delirio hace que el sol sueñe y brille para todos los pequeños mortales de este pedazo de cobre desgastado y charcos azules que tu rostro sobre las aguas refleja y torna en tierra

Luna verde

Los antiguos viejos creen todavía que la luna madura al lado de las cosechas. La luna polícroma hasta en la muerte no puede dejar de chorrear su sangre verde sobre los campos y hacer que crezcan flores inimaginables en las noches sin luna.

Flores que llevan cuarzo en las entrañas y van hipnotizando a los viajeros hasta que penetran en sus noches / sueños / delirios y entonces el incauto sólo ve campos repletos

de flores carnívoras con forma de imanes y máquinas que imitan el chirrido de todas las alas de los pájaros que deambulan por el cielo.

Las flores con amplificadores en los huesos van dibujando una luna verde en los talones del viajero quien ya no puede caminar y se encuentra preso dentro de una jaula de sonidos nocturnos que van invadiendo mordazmente el ritmo vital del cuerpo y la extraña música ya se va carcomiendo los huesos hasta que la luna nueva va creciendo dentro de los labios y las extremidades de la carne.

El cuerpo se convierte en un amasijo de cables que conectan al cadáver fresco y brillante de la luna con nuevas estrellas y así la noche va extendiendo sus engranajes electromagnéticos adentro de los hombres que sin saberlo van prolongando la luna verde, que une los cuerpos y los impulsos ciegos de las neuronas de todos los hombres que sueñan y hacen girar a los astros.

Lentamente se va construyendo una gruta eléctrica por donde se empezarán a proyectar nuevas lunas eternas sobre un atril permanente en el cielo. Una sucesión interminable de mapas lunares se vienen construyendo y perfeccionando en cada rincón del hemisferio austral donde se ubicarán y brillarán estas lunas inmortales que ya no se inmolarán sobre el pecho del universo y endiabladas brillarán para siempre, sin descanso ni domingos ni feriados, en noches rodeadas de estatuas de mármol con ojos hinchados de lunas llenas permanentes.

Luna naranja

Una naranja le iba creciendo adentro del vientre. Otras más fueron apareciendo en los lugares más inesperados de su cuerpo.

Llovió sin parar esa noche.

La naranja descendió de su vientre. Saltó por la ventana y se fue deslizando por las calles pobladas de riachuelos.

Un joven, que caminaba descalzo en medio de la lluvia, tomó la naranja, le dio una mordida y se sentó en la vereda a esperar.

Su novia no vino esa noche. Ni la siguiente.

La naranja que el joven mordió era la luna menguante.

funeral azul

Funeral Azul

Ayer murió el Sr. Gerardo Azul. Tal como lo dictaba su testamento, llegaron todos los invitados al entierro vestidos de azul y blanco. Todas las mujeres que amó en vida asistieron vestidas con trajes transparentes y el mar tatuado en el ombligo.

El ataúd fue azul, el cielo azul, la música azul.

El Sr. Gerardo Azul andaba vestido impecablemente con un terno azul y una corbata azul y unos zapatos celestes. La ceremonia se realizó en un puerto. Y sobre el féretro llovió tierra azul.

El mar acongojado no pudo dejar de ponerse gris por un momento…

Pero cuando vio a los invitados bailando música azul…

Se reanimó. El mar fue feliz. El cielo reflejó con estrellas transparentes las carcajadas de las olas…

El Sr. Gerardo Azul, que había muerto respirando un azul cielo tranquilo, legó su cuerpo, todos sus bienes y veleros, al mar…

cartas póstumas a raíz del entierro azul

Señores,

Es imposible que exista un funeral azul. Dónde se ha visto que un ataúd, sea pintado de azul…

¡¡¡Por favor!!! Más consideración por la muerte que siempre prefiere ser gris o negra… y así mantener cierta elegancia y compostura ante las circunstancias adversas.

Sólo faltaba que en el ataúd se pintara un modelo del universo o se pintara un mapa estelar del siglo XVI (de Johannes Bayer por ejemplo). Tamaña pretensión de los poetas que creen que con sus entierros van a superar a la muerte…

Atentamente,
El ataúd azul

Sr. Ataúd Azul,

Lo que usted ha escrito no tiene sentido y es un insulto a la dignidad de un entierro. Me imagino que su evidente molestia se debe al peso de los huesos que cargará por mucho tiempo por encima de las olas. Aun así, esto no justifica el desacreditar un entierro azul o atentar contra la forma de cómo un individuo decide viajar hacia otra vida. Por otra parte, me siento honrado de cargar con los restos de un hombre completamente entregado al azul y a la música.

Lo saluda atentamente,
El mar

breviario

Habitación sin espejos

Los gránulos de arena de los espejos de la casa se descomprimieron y desbordaron. La mujer intentó mirar su imagen pero sólo veía arena allí donde antes había estado el vidrio reluciente. Esa noche se acostó y soñó que penetraba en un cuarto lleno de espejos. Al día siguiente la encontraron muerta. En la casa habían desaparecido todos los espejos.

Risa

Se ha descubierto que las mandíbulas humanas riéndose vistas a través de unos rayos X se asemejan a los cuchillos con los que la luna lame todos los días las olas del mar…

Barquito de papel

El niño recogió un papel del piso y lo guardó en su bolsillo…
Caminó hacia el charco de agua. Sacó el papel. Lo dobló varias veces y fabricó un velero.
El velero izó velas… y partió…
El velero miraba hacia el cielo.
El cielo miraba al niño.
El cielo tenía la forma de un barquito de papel.

Caja de fósforos

Cuando la caja de fósforos no sirve para prender un cigarrillo o el cuerpo de esa larga pelirroja que duerme en su interior, piensa todavía en una última posibilidad. Quizás, la posibilidad más vehemente: prenderse a sí mismo. Respirar así, entre piedras ígneas, el humo que embriaga de deseo a esa pelirroja que un día penetrará al fin en su aliento e incendiará, sin saberlo, su cuerpo.

Poema estornudado

A Q,

Poema estornudado...

La nariz
trapecista de sopas
decidió
un día
estornudar
una sopa de letras...


De cuentos y otras
raras invenciones

invención de una gota de agua...

Dalí decidió pintar una gota de agua. Al observar una gota de agua cayendo de un tejado se percató que ésta tenía una extraña estructura ósea. Decidió pintar la estructura ósea de una gota de una agua…

Otro día, mirando el cielo se dio cuenta que las nubes formaban un cúmulo de huesos dispersos y que la estructura ósea de la gota de agua, era un modelo en miniatura de la estructura ósea del cielo…

Fue así que decidió inventar un nuevo diseño de gota de agua utilizando el mapa estelar de la Vía Láctea.

Afuera llovía a cántaros.

proyecciones...

«En el futuro las películas se proyectarán desde los ojos»
Luis Buñuel

Estaba cansado de que las películas siempre se proyectaran sobre cuadrados y rectángulos. Los ojos convertidos en mecánicos y pasivos observadores. Quiso proyectar una película sobre una esfera. Otro día, se imaginó una película triangular proyectada sobre el ombligo de una morena. Había filmado un atardecer. Él besaba el atardecer y besaba la piel donde se ocultaba el sol.

Un día soñó con una película en forma de paraguas. Se imaginó proyectar una fotografía del cielo sobre una gota de agua. Su mente vivía continuamente ideando nuevas formas para realizar proyecciones.

Al día siguiente, sentado en una playa, con los pies descalzos, se imaginó una película proyectada sobre la uña de su dedo gordo. Conectó una retroproyectora de 16 milímetros a su ojo izquierdo. La mirada del ojo derecho fue descendiendo hacia la uña del pie. Fue así como vio a Chaplin, saludándolo con la ropa empapada, sentado en una banquita cualquiera. Emocionado, por el encuentro, su ojo derecho, lagrimeaba.

el fotógrafo y el mar

Acomodó la cámara y avanzó hacia la orilla. Fotografió el pie de su esposa avanzando por la arena. El agua brillaba entre sus tobillos. La espuma se desvanecía en la piel bronceada.

El sol iba devorando lentamente el mar.

Desde niño había querido fotografiar el mar. Ahora era un hombre viejo, con la voz ronca y los miembros cansados. Cargaba siempre una imagen del mar en el bolsillo del pantalón y otra en el armario del cerebro. La mayoría de los recuerdos que tenía de su vida eran imágenes del mar. Lo había fotografiado desde todos los lugares y ángulos que se le ocurrían, las 24 horas del día, desde los 15 años.

Sus fotos fueron disminuyendo. Se las regalaba a los pescadores, o las iba dejando en bares y en viejos moteles al lado de los puertos. Empezó a perder la memoria. Se olvidó quiénes eran sus amigos y su familia. Apenas recordaba su nombre, sólo conservaba algunas viejas fotos, al irlas perdiendo se fueron perdiendo sus últimos recuerdos.

Un día vio a un niño solitario mirando fijamente hacia las olas desde un muelle. Recordó entonces extrañado la primera vez que había visto el mar. Esa noche las luces brillaban sobre el muelle, pescadores borrachos bailaban y susurraban canciones subidas de tono. Él había permanecido en el muelle toda la noche, dejando un pedazo de sus ojos entre la espuma de las olas. Estaba solo pero el mar había sido su compañero. Era la primera vez que se iba de viaje lejos de su casa, ya no regresaría.

.

Le entregó la foto al niño y se alejó del muelle. Se fue tropezándose y corriendo hacia su habitación sin voltear la mirada. Agotado se tumbó en la cama y cayó profundamente dormido.

El niño guardó la foto en su bolsillo.

A los pocos días se acordó quién era, que tenía familia, hijos y nietos. Se miró en el espejo y reconoció su rostro: Juan Manuel Obregón, viejo fotógrafo retirado. Decidió visitar a su familia, a sus amigos y a su mujer, a quienes no veía hace muchos años. Fue feliz con ellos, y volvió a ser el mismo de antes.

Un día recibió una carta, no había remitente. Examinó con cuidado el sobre. Adentró encontró una carta y su vieja foto. Leyó la carta en silencio. Al día siguiente partió hacia el muelle, se embarcó en un viejo velero y no volvió a pisar tierra.

hojas amarillas

Tendido en el pasto, veo pasar mariposas amarillas en vuelos súbitos alrededor mío. Vuelan entre oficinistas, carros y grandes edificios. El parque es circular. Las hojas de los árboles son los ojos femeninos de la naturaleza. Los ojos de los hombres son las hojas masculinas que penden de un hueco en el tronco. Lo único que separa a las hojas y los ojos es la letra "h", y bueno, no debemos olvidarnos del género, por supuesto. Pero más allá de esas simples separaciones, creo que lo que marca una distancia entre las hojas y los ojos, saltándonos las onomatopeyas y la simple pronunciación, es la forma de mirar. Mientras los ojos miran siempre desde un punto estático, o al menos fingen crear un punto estático para empezar a mirar, las hojas recién empiezan a mirar hacia el cielo cuando están flotando y a punto de caer. La visión de las hojas de los árboles es la visión fugaz de un paracaidista incauto que se va sin quererlo hacia abajo, y terminará con el culo destrozado en una piscina de jade.

Veo alrededor de las mariposas hojas amarillas que me miran antes de caer en alguna lejana acera. Pienso en ellas. En su forma aerodinámica. En la vida que llevan en su recorrido frágil y diminuto a través de un espacio que las ha jalado desde niñas. A veces quisiera desprenderme de mí mismo como ellas. Desprenderme de mi cuerpo y dejarme llevar por el viento. Mis ojos me retienen en mi sitio. Mis glándulas modulan mi respiración y me atan a este pedazo de vida que soy. Mis pies son largos y peludos y cargan huesos, sangre, y músculos…

Desvarío. Confundo las hojas y las mariposas. Las hojas y los ojos. Ahora no sé muy bien, quién camina y quién se queda quieto. Mis ojos cansados se cierran. Sueño que puedo tocar con mis pestañas el vuelo de las libélulas. Cansado de estos extraños desvaríos mis ojos me abandonan y entran en un profundo trance. Ellos sueñan con los árboles. Sus primas-hermanas-hojas-amarillas son pestañas que duermen encima de mi cuerpo. Pequeñas hojas van saltando en órbitas irregulares alrededor mío. Van cubriendo con su respiración mis sueños. Veo libélulas de alumbre volando

entre nubes, alambres y ramas desparramadas en el cielo. Una mariposa amarilla va danzando y saltando de una pestaña a la otra, mientras yo voy saltando de sueño en sueño. Cada vez que ella abre y cierra las alas oprime el dulce sueño nuevamente en mis párpados.

stolen dream

Escuché esta imagen en una conversación en un ómnibus. Una pareja estaba conversando entre ellos. La chica le contó este sueño al chico que estaba a su lado. La imagen me pareció surrealista... Aquí va el sueño...

La voz es femenina y se dirige a su enamorado:

"Desperté en un sillón. El sillón estaba en la vereda de la calle. No podía creerlo, qué hacía el sillón de mi casa en la mitad de la vereda mirando hacia los carros. A mi lado estaba mi ex. Lo miraba en el otro extremo del sillón. De pronto se acercó una chica a saludarlo a mi ex. Yo intentaba acercarme a él, hablarle o preguntarle ¿quién era ella? Pero él al ver a esta chica acercarse, me pedía que bajara la voz, se alejaba de mí..."

No escuché las últimas palabras del sueño. La chica hablaba de su ex, es todo lo que logré escuchar. Relacionaba el sueño con lo que había pasado después. No conozco el final de la historia. Quizá no haya final. O el sueño aún no haya comenzado. Quizá un día, caminando, me encuentre frente a un sillón que fue a dar a una pista. Veré a una pareja sentados allí conversando. O quizá sólo esté frente a un sillón vacío, varado para siempre, entre inquietos transeúntes.

Me sentaré en el sillón y miraré hacia la pista. Esperando a que llegue alguna extraña chica, se siente a mi lado, y me salude o bese. O pasará una pareja de enamorados y me mirará a mí extrañado. Yo seré entonces un hombre solitario y azul que mira hacia la pista sentado en un sillón inmóvil en medio de un voraz mar de cemento.

En ese momento la chica que contó el sueño:
Sonará conmigo y me verá sentado allí aguardándola.

Ella nunca se enterará de que me he robado un pedazo del latido o de las entrañas de su sueño.

P. S.

Me imagino por otro lado que sueñan los sillones…

Entre tantas almohadas y personas que duermen encima de ellos, deben sin duda alguna, tener sueños extraños.

¡apéguese señor apéguese!

Para el DJ EF

Él era una mole de pelos y barbas. Ella una recatada niña que todas las mañanas orinaba sobre servilletas de colores y tenía buen gusto. Esperaban en el paradero la prudencial combi de todos los días. Él llevaba todos sus pelos hippies de paseo al centro de Lima. Ella iba a mirar esos cachivaches que las mujeres compran cuando andan aburridas y con todo el tiempo del mundo en las tiendas de Miraflores, el Trigal o San isidro para decorar la alfombra o la ventana que da al tocador.

El otro personaje de esta historia es un nada amigable cobrador, que si seguimos las sentencias dadas por los otros pasajeros más parece arriar y llevar ganado y gallinas que pasajeros.

Se hace necesario sin embargo salir en defensa de tan vapuleada persona, que se gana la vida honradamente, esquivando baches, palabrotas, mentadas de madre, policías, señoras histéricas, centavos con hongos, gritos de diferentes decibeles de intensidad y todo tipo de sujetos que deambulan día a día en las caóticas aceras de la Javier Prado.

El cobrador, iba gritando su habitual ruta «¡Todo Javier Prado, Pershing, La Marina! Sube, Sube, Sube… ¡Lleva, Lleva!». El micro rebalsaba cuerpos. El pasillo era una jauría de zapatillas enlazadas. En los asientos soñaban periódicos llenos de crímenes y vedettes. Un niño cantaba caramelos y repartía canciones.

El micro más lleno de pelos, sobacos, faldas, corbatas mal hechas, olor a kerosén, tacones, axilas, cuerpos, gritos, conversaciones… ese es, si pueden imaginárselo, el escenario.

Nuestros protagonistas subieron, pero no lograron llegar ni siquiera al pasillo. Ambos se quedaron en las escalinatas (si no es una exageración llamar a 2 breves escalones pegados a la pista una escalinata), pegados al cobrador, que les gritaba «¡Apéguese, señor apéguese!»…

«¡Colabore señorita y avance!»…

La masa interminable de pelos y barbas y la niña de las servilletas de colores se miraron sorprendidos…

La pobre chica tenía los pelos del chico pegados al pecho… El muchacho columpiaba su humanidad sobre el ruborizado rostro de la muchacha de las servilletas de colores…

El pobre chico, para disimular la embarazosa situación, empezó a hablarle de la teoría de los fractales… de la composición del espacio que es curvo y no lineal… etc. etc. etc.

Siguió hablando hasta que la chica se olvidó de los pelos y de las servilletas…y se quedó dormida en sus brazos.

Al fondo no había sitio ni para un alfiler más.

nacimiento de una silla

Rodrigo permaneció parado todo el día detrás de la vitrina atendiendo a los clientes. Al principio sólo sintió una leve picazón en las rodillas. Después el peso de su voluminoso cuerpo vino a recaer en sus tobillos. No había llegado aún la hora del almuerzo y Rodrigo ya iba tambaleándose como un tobogán de tobillo en tobillo.

Agotado inclinó una de sus rodillas hacia el stand y sin querer lo empujó hacia un lado. La otra rodilla ya parecía que se le iba a salir. Eso sin contar el peso de la columna vertebral que empujaba a sus nalgas hacia atrás… "Nunca dejes de sonreír» – le habían dicho –

» Sé amable con el cliente». ¡La segunda ley de Newton, repleta de gravedad, y nada amable, iba empujando a este empinado vendedor hacia el suelo!

Las piernas, por supuesto, eran las primeras en quejarse de las consecuencias de tan poca bondad hacia las extremidades inferiores. Eso que él, había probado ya todas las posiciones para que las piernas que lo sostenían descansaran. A veces se agachaba, se ponía de rodillas, pero rápidamente tenía que levantarse. O el supervisor vendría a incriminarle por la mala imagen que proyectaba al estar cómodamente sentado. La comodidad, no debemos olvidarlo, no fue inventada por los empleados.

Poco a poco, la costumbre hizo que sus piernas empezaron a perder elasticidad. Había días en que llegaba tardísimo a su casa y permanecía parado sin poder sentarse a comer en la mesa. Más aún le costaba horrores agacharse para besar a su pequeña esposa. Dormía parado, tambaleándose de un lado a otro como una cuerda tensa, con las justas lograba agachar la cabeza para entrar a su atiborrada vivienda.

No tardó en llegar el día en el que Rodrigo perdió la capacidad de doblar las rodillas. Asustado y cansado del abuso, le comunicó este hecho a sus superiores inmediatos. Ellos preocupados dispusieron una silla para acabar con el martirio de su

sacrificado empleado. El uso de la silla, sin embargo, estuvo legislado. Se llegó a la conclusión de que el empleado no podía sentarse más de 5 minutos por cada hora de trabajo. Los criterios de utilidad y el compromiso del empleado con la política de la empresa, sólo dejaban espacio para este acuerdo.

Las rodillas, durísimas, miraban tentadas la silla durante horas sin poder dejar de temblar mientras pensaban en el soñado descanso. Rodrigo, hombre-poste, se iba de espaldas sin poder sentarse, ni mucho menos quedarse quieto ni un segundo en esta viejísima silla. Años de seguimiento cuidándose de los dictámenes y de las políticas de imagen de la empresa, habían eliminado de la memoria de su cuerpo la capacidad de sentarse. La silla, prehistórica y obsoleta, esperaba pacientemente, abandonada en un rincón, alguien que la ocupe y marque, con el descenso de sus caderas, el ingreso de este viejo y archiconocido artefacto al reino de los hombres.

garabatos

Juan Francisco todo el día dibujaba garabatos. Su cuaderno de contabilidad estaba lleno de ellos. Había aspirantes a carros, intentos de jirafas, gatos con caras en forma de alcachofa, mujeres que tenían el cuerpo casi idéntico a las pelotas de tenis. Garabatos de todas las formas y tamaños se sucedían y entrecruzaban en las formas más simples.

Obviamente él nunca había pensado dedicarse a dibujar (además era un pésimo dibujante) y por eso su vida transcurría entre números interminables escritos en facturas. Números en los cheques por cobrar y por pagar. Números en el libro de haberes y el libro de cobranzas. Números de todos los tamaños deambulaban por sus ojos sonámbulos, día tras día, en un ritual tan reiterativo y opresivo que a cualquiera hubiera vuelto loco.

Juan Francisco sobrevivía a estas repetitivas cifras con sus pequeños garabatos. A veces dibujaba una zebra al lado de una factura. Otras veces a la espalda de un cheque garabateaba un globo escapándose hacia otra latitud. Aparte de estos pequeños detalles su trabajo transcurría monótono e igual día tras día. Cambiaban las cifras, disminuían o aumentaban los cheques, pero el trabajo era básicamente el mismo.

El suyo era un trabajo que requería eficiencia, y orden. Muchísimo orden. Juan Francisco cumplía día tras día, las órdenes de los números. Los agrupaba, los ponía delante de sus ojos y los descifraba como un viejo alquimista. No había queja alguna a su comprobada capacidad como contador.

Un día sin darse cuenta un cliente miró que en su factura había un pequeño dibujo. Le pareció extraño. Un cohete a punto de despegar yacía al lado de la cifra que mostraba el monto que acababa de pagar. El cliente extrañado se acercó al gerente y le enseñó la factura. El gerente se ruborizó: « Por favor discúlpenos señor. Nosotros somos una empresa seria. Tenga la absoluta seguridad de que no volverá a ocurrir un incidente así.»

El clientele dijo que no era para tanto, y se retiró de la oficina. Tenía negocios que atender.

El gerente amargo por este extraño incidente, le prohibió a Juan Francisco seguir garabateando en los documentos contables de la empresa. Si esto volvía a ocurrir lo echaría a él y a sus dibujos a la calle.

Juan Francisco sumamente preocupado intentó por varios días alejarse de los garabatos. Había que centrarse nuevamente en los números y tener la cabeza fría.

Llegó a su casa, se sentó frente al escritorio, miró los números y empezó a ver que los números lejos de ser estáticos iban de un lado a otro tambaleándose por el cuaderno. No podía concentrarse. No conseguía realizar la operación matemática más sencilla. Los libros de la empresa empezaron a desordenarse y las cuentas empezaron a volverse confusas. La empresa se encontraba a punto de quebrar. Después de varias deliberaciones Juan Francisco fue responsabilizado y despedido.

A Juan Francisco este hecho no le importó mucho, hace ya un buen tiempo que a su mente sólo le preocupaba dibujar zebras y otras criaturas fantásticas en cualquier superficie plana. Ese mismo día su mujer lo encontró completamente trastornado encerrado en el baño, dibujando toda la noche zebras, ocapis y billetes chillones de todos los colores encima de un rollo de papel higiénico.

La empresa contrató a un nuevo contador y los documentos volvieron a estar en orden. Ninguna mancha o garabato atravesaba ahora las ordenadas cifras que dominaban el panorama de la empresa. Uno que otro empleado distraído se percató que habían desaparecido los garabatos, pero a nadie le importó ese detalle. Las cosas estaban nuevamente en orden en el negocio, eso era lo importante.

aflicción visual

«Sufro una extraña aflicción visual. Mis ojos no son capaces de ver los colores sin haber visto la sombra de ese color proyectado sobre un objeto. Quisiera poder ver colores sin objeto que los encierre o los atrape.

(Colores-relámpagos, colores-vidriados, colores-radiadores, colores-panza-de-noche, colores-sexo-en-la-matinée.)

No puedo ver los colores tal y como ellos son, el mundo y sus infinitas trampas atrapan los destellos, y hacen de ese color único (extraño sueño vagabundo varado en algún puerto o mar estelar) una forma fija, una materia más.

Mis ojos, perciben esos límites sobre-impuestos por el mundo. Un día mis ojos tomarán al vuelo todos los colores y los pondrán en lugares donde no encajen nunca más y sean libres de las abstracciones de la materia. El cielo tendrá el color de un bebe y el bebe el color del cielo. La rosa será salada y crecerá con un color marrón-puerto-de-herrumbres. El cerebro será ultra-violeta y la galaxia de pelos que es el sexo de toda mujer sólo podrá ser vista a través de rayos X. Se inventaran colores invisibles para mirar el mar que fosforecerá durante la noche y apagará sus colores en el día.

El anarquismo visual dictado desde unos ojos libres podrá al fin ponerse en práctica. Se inventarán, entonces, pastillas visuales, que permitirán mejorar esta extraña aflicción visual mía, y que un ojo –cómplice de los colores rebeldes– viva en una selva de alucinaciones cromáticas permanentes».

historia de mis ojos
(resumida por supuesto)

Nacieron conmigo. La luz los obligó a parpadear.

Ubres transparentes, arco iris nocturnos, y líquido amniótico flotaban alrededor de su forma ovalada antes que un manto de pestañas y párpados los cobijara de los desvaríos de la luz.

Al principio sólo sintieron un chillido interminable de colores monstruosos, formas disparatadas y siluetas vagabundas silabeando zumbidos y formando cuencos de luz. Ya desde ese momento el mundo, inquieto, tentaba a mis ojos.

Poco a poco, para cobijarse del embrujo de este gigante de trillones y pentallones de tentáculos, átomos dispersos, atmósferas irreales y días infinitos, ellos decidieron inventar la continuidad de las imágenes en el tiempo.

Esa fue la defensa inicial. Mis ojos dejaron de percibir los cambios que segundo a segundo el tiempo con sus manos de alfarero tembloroso dibujaba sobre las cosas. (En una gota de agua flotan mil gotas de agua, cada una de un color diferente y una contextura única, dirían sin duda los físicos).

Así mis ojos, que habían visto el mundo entre pestañeos y discontinuidades, inventaron un mundo continuo, firme y sólido. Las cosas acontecían en secuencias y cada cosa tenía un lugar. O por lo menos eso es lo que mis ojos, fieles mentirosos, le enseñaron a mi crédula memoria.

Cada día que pasaba yo iba guardando las imágenes que ellos me decían que debía guardar en mi viejo estuche de neuronas. Guardaba la imagen de mi cuerpo, mi sonrisa, mis manos tocando las hojas de los árboles, el columpio, las largas piernas de las mujeres, más columpios y toboganes, etc.

Todas esas imágenes se alineaban cada día de forma recurrente. Había pequeños cambios, por supuesto, a veces descubría otros rostros en mi rostro. (En realidad siempre que alguien nos mira extrañados, nos imaginamos si es que está viendo nuestro rostro o ha dibujado su propio rostro en el nuestro). Otras veces el mundo se volvía desordenado y mis ojos ya no podían limpiar ese desorden…

Siempre amé el desorden.

(Quizás será por eso que toda la vida fui muy desordenado al amar).

Desparramaba todo, por todos lados. Luchaba continuamente contra el orden inmutable de los juguetes en los estantes. Los soldados debían estar ubicados en las más disímiles posiciones de batalla. El mundo me parecía una masa desparramada que invadía con sus secuencias superpuestas sus giros y su maquinaria infinita de cambios, mi vida.

Mis ojos me hablaban de otro mundo. Un mundo de formas fijas. De rostros mirando hacia un punto lejano en el horizonte. Mis ojos se empecinaban por crear un presente. Nunca me llevé bien con ellos por eso. Quería encontrar las imágenes más fantásticas en los lugares más esperados y comunes. En una taza de sopa, en una mano, en un saludo encontrar el detalle que hacía de ese acontecimiento u objeto algo único e irrepetible: una mosca, una mancha de tinta en mi mano, una escultura formada en los nudos del saludo.

Como todo niño fui un cazador de imágenes… Huía del presente. Me lo imaginaba terrible, estar todo el día pendiente de las cosas que están aconteciendo. Y ver qué relación forzamos entre ellas…

Prefería inventar otro presente, el mío. Peleaba con mis ojos. Con el único mundo de formas que me mostraban. Por un tiempo, sin embargo, me acostumbré a ellos. Les creí. El mundo, sus colores, sus sentidos, sus continuidades, ganaron fuerza en mí.

La relación de amistad duró poco, sin embargo. Las formas dejaron de estar claras. Empezaron a volverse borrosas las cosas. Los contornos que mis ojos habían dibuja-

do sobre ellas fueron diluyéndose. Era un niño miope. Nunca lo supe hasta los 8 ó 9 años. Creía ver bien las cosas, en ese mundo de formas raras, de rostros puntillistas y letras deformes.

Pero la ciencia médica dictaba otra sentencia. Empezaron, entonces, las habitaciones de cristales hondos, los lentes y las lunas de avión, como dirían mis amigos…

Y detrás de esas lunas de avión permanecen aún hoy, mis ojos. Cuando pienso en la arena comprimida y calentada, los cristales, resina, las visitas a los oftalmólogos y oculistas. Pienso en el ideal de una vida clara y transparente, de una vida nítida. Pienso también en el excesivo cuidado de la televisión por transmitir ese ideal en la nitidez de sus imágenes. El ideal de la nitidez refuerza nuestra creencia en un mundo transparente, sin nada que esconder, donde las cosas se muestran tal y como son sin intermediación nuestra.

Durante el período en que mis ojos anduvieron miopes y el mundo dejó de tener límites claros, mi cerebro inventó los límites y las figuras sobre los rostros. Quizás caí en el otro extremo: la invención de un mundo. El ideal de todo buen platónico: amar la propia creación e inventarla continuamente. También es el ideal de todo Dios en potencia.

Ahora que vuelvo sobre esos días, en los que sobreponía mi propio mundo imaginario al mundo, vuelvo también sobre esos extraños orificios que me permiten ver pedazos del mundo y lo arman como un campo de golf sin huecos. Los miro extrañado. Y me vuelvo a preguntar sobre el embrujo del mundo al que están sometidos.

¿Cómo será un mundo dibujado con los huecos que existen en nuestra visión entre un parpadeo y el siguiente? ¿Por qué tapamos los huecos? ¿Por qué nos encerramos entre paredes? ¿Qué encontraríamos entre los resquicios de las paredes imaginarias que inventamos para el mundo? Tiemblo. Parpadeo. Quizás si pudiéramos percibir el vacío entre una imagen y la siguiente, percibiríamos yuxtaposiciones únicas entre distintos objetos y espacios. La conciencia de los movimientos infinitos del mundo y de nuestros propios movimientos nos enloquecería. El mundo o los mundos que percibiríamos dejarían de ser transparentes. O tal vez serían más transparentes. Tan transparentes que el infinito tocaría con sus amarres y cuerdas cada segundo de nuestras vidas.

cielo mal dibujado

Como tantas otras veces Rubén miraba hacia arriba, hacia alguna lejana nube blanca perdida entre ovillos interminables de humo. Esperaba a que el humo de su cigarrillo se dispersara completamente para empezar la operación de nuevo. Todo el día se la pasaba en el techo de su casa mirando la infinita ciudad de azoteas, techos y pasadizos secretos. Le encantaba el contraste entre las rugosas líneas de los edificios y los continuos cambios de coloración del cielo.

Por años había intentado capturar esos cambios de color del cielo en sus bocetos. Esperaba con ansias cada día los amaneceres y los atardeceres, para observar nuevos tonos de colores. Empezaba adivinando y soñando nuevas formas y combinaciones de colores que vería aquel día, el tranquilo azul que devendría en desenfrenados naranjas y rojos. Pensaba también en los violetas con los que la noche se desquitaba de su negro velo antes de entrar plenamente en las primeras horas del día. Se encontraba plenamente obsesionado por los cambios, y por buscar nuevas combinaciones de colores expandiéndose en diferentes espacios cromáticos.

Cada día que pasaba Ruben odiaba más al tranquilo cielo azul que duraba horas interminables en el verano, y cuya aparente inmovilidad lo dejaba sumamente inquieto y nervioso. Lo perturbaban también las interminables tardes de invierno donde la neblina dibujaba un manto de gas que prolongaba el color de las aceras en nubes interminables de humo.

Fruto de ese odio a las coloraciones permanentes, el espacio intermedio que conducía a un cielo de un color a otro completamente empezó a desaparecer de su mente. El día empezó a tener para su sobrecromatizada imaginación dos atardeceres y dos amaneceres. A medida que su obsesión con cielos chorreando nuevos colores sobre su cabeza se acrecentaba, estos atardeceres y amaneceres fueron incrementándose hasta que los colores que su mente empezó a dibujar, giraban sobre un cielo irreal de atardeceres y amaneceres continuos.

Para ese entonces Rubén ya vivía en un espacio temporal personal alienado completamente de las horas y las duraciones temporales del día. Los segundos no estaban marcados ya por la duración del reloj, sino por la rapidez con la que su mente pasaba de un color a otro, saltando sin cesar de un malabarismo cromático a otro.

Pero eso no fue todo. Su mente empezó a proyectar atardeceres y amaneceres sobre los más disímiles objetos que confundía con cielos de diferentes colores. Basureros repletos de cáscaras de plátanos se convertían en nuevos cielos amarillos. Los labios insinuantes de alguna muchacha que pasaba cerca de él eran nuevos cielos rojos que erizaban su piel. Un vaso de agua, a su vez, era el alter ego de un terriblemente tranquilo cielo azul.

Finalmente su propio cuerpo velludo dejado completamente al abandono por su obsesión cromática se convirtió en interminables nuevos cielos llenos de pelos que iban cambiando y destellando. Nuevos y apasionantes cielos mal dibujados se posaban sobre los dedos de sus manos y sus pies e iban circulando como lagartijas de lenguas coloridas alrededor de su piel. Pantallas mentales rodaban y se recomponían continuamente. Todos esos cielos efímeros, repletos por millones de colores nómades habitaban ahora, y perseguían sin descanso, ni tregua posible, la inquieta imaginación y vida de Rubén.

cielo a caballo

"Como el cielo a caballo sobre las palomas"
Vicente Huidobro

Miro nuevamente la acera. Es una operación sencilla mirar una acera. Uno se detiene sobre las líneas que van quebrando los cuadrados grises. La ciudad está repleta de las líneas y los borrones y tachones que realizamos sobre ellas.

Un día alguien dibujó la primera línea con una tiza sobre el piso. El resto de nosotros antropofoides sentimos el vértigo de lo recto y este espacio recto fue apoderándose y ordenando nuestras vidas, pasos y rutinas a sus coordenadas.

Pero a veces la ciudad y sus habitantes olvidamos las otras latitudes que no se dibujan con líneas rectas sobre el suelo. Las estrellas por ejemplo, no dibujan nunca líneas rectas cuando viajan en sus espectros, y el universo y los vagabundos prefieren el zigzag y las siluetas de las luces en la neblina a la cuadratura del círculo.

El cielo, por ejemplo, va siempre a caballo. Y como la trayectoria de los caballos, a pesar, de lo que digan todos aquellos que se dedican a la hípica no es recta, uno nunca ve el mismo cielo. Porque ya se zafaron en un segundo las nubes a hacer sus apuestas para la próxima carrera a cielo abierto o ya una pluma suicida de ganso ha saltado en paracaídas. Y allí va el cielo corriendo tras las estepas persiguiendo los sonidos de las plumas y a las nubes, de pasos desordenados.

Pero sobre todo debe resaltarse que el cielo va galopando y saltando encima de los muros de concreto, duros de roer, que los ojos humanos dejan inquietos sobre su regazo. El cielo, yegua indomable, va zurciendo estos ojos a los hilos de su montura para que cabalguen a su lado como palomas de viento.

mundo de las ofertas

Vivimos en un mundo donde todo lo que hacemos tiene ya una oferta o un precio establecido. Cada uno de nosotros habita en un pequeño espacio, encerrado entre cuatro paredes. A eso llamamos un cuarto. En el cuarto somos enteros. Eso es algo que nuestros matemáticos no entienden. Pues un cuarto nunca puede ser un entero. Según los matemáticos los cuartos dividen y por eso no somos enteros y somos más bien una fracción mínima de un cuarto o un residuo que ha quedado colgado de la vida que ocurre afuera en una extraña turbulencia que nunca logramos ver ni tocar.

Nos cuesta muchísimo creer semejante teoría fraccionaria. ¡Cómo va a existir un afuera! Les gritamos a estos viejos y barbones místicos descabellados, ¡que nunca terminan por desaparecer sin quejarse! Nosotros por el contrario insistimos en que somos enteros y en nuestro cuarto permanecemos toda la noche observando una bombilla de luz flotar sobre nuestra cabeza. Cuando nos aburrimos hablamos horas y horas por teléfono con personas que apenas conocemos y que como nosotros sólo observan la bombilla de luz que ilumina la habitación donde nuestras cabezas descansan.

A veces salimos del cuarto y entramos a otro cuarto igual al nuestro. En realidad todos los cuartos son iguales en nuestro mundo. Todas las cosas que vivimos se repiten y se repiten. Antes de vivirlas ya nos la han anunciado por radio, por los periódicos, los anuncios publicitarios y toda la más rara gama de imágenes que penetran por cada uno de nuestros mil ombligos.

Lo repito no existe un afuera en nuestro mundo, sólo cuartos repletos de nosotros los enteros. Nos parecemos tanto. Es un alivio parecernos, si no la vida sería insoportable. Todos los días nos despertamos a la misma hora. Nuestros ojos miran hacia la misma dirección y la bombilla de luz anuncia con un altavoz el nuevo producto a ser consumido y la parte del cuarto al que está destinada. Así nuestro cuarto se va llenando lentamente. En la mañana nos anuncian los nuevos modelos de tostadoras con masajes incorporados para untar la mantequilla, refrigeradoras con agujas de helio incorporadas, naranjas en

forma de pies, destapadores de agua, lámparas para perros, empaques para salchichas azules, garabatos en forma de vidrio y mil objetos más. Para la tarde ya hemos comprado y consumido todo y hay que empezar la limpieza, que es la operación más complicada. No debemos mirar demasiado algo o conservarlo, si no empieza de nuevo la locura y ya no podemos despegarnos de lo que tocamos. Hay que desechar los productos y las sensaciones que llevan los productos en su piel. Hay que consumir sin motivo alguno…

Perdón, eso fue al comienzo cuando en este mundo las ofertas sólo eran objetos. Ahora el tiempo es un objeto más y nosotros unos enteros que flotan en un sinfín de cuartos. El espacio, que es el objeto infinito por excelencia, es un cuarto más. ¡El tiempo es un invento del pasado de sociedades arcaicas que median su vida con números! ¡Se lo imaginan, medir una vida con una medida! Ya hemos superado esa falacia con un espacio que se repite todos los días con dimensiones infinitas.

Cada minuto de nuestra vida está registrada en la bombilla que miramos en medio de la habitación. Nosotros al mirarla dejamos de soñar. Nuestro sueño flota en el interior de la luz y se convierte en un objeto más. En realidad siempre soñamos los mismos objetos. Y al día siguiente sin pensarlo dos veces los compramos. Eso está muy bien si no empezarían las complicaciones. Para empezar los sueños serían cada vez más diferentes entre nosotros y volveríamos a pensar que hay un tiempo que nos diferencia de este espacio y de los otros enteros y entonces, ¡volveríamos a creer que somos únicos! Cosa que no es cierto, porque aquí todo es igual siempre y no existen momentos ni seres únicos. Todo se desecha al instante y así la vida es la misma todos los días.

Lo único que cambia y nos da vida son los objetos que consumimos. Cuando no estamos consumiendo objetos somos fracciones o instantes y podríamos volvernos en cuartos. Ahora en cambio desechando con una cáscara de un color diferente al mundo vivimos la misma vida mil veces y controlamos el espacio. Así andamos soñando con nuevos objetos todos los días para que vayan entrando por los lugares más inesperados a nuestros cuartos. Objetos para hacer el amor. Objetos para pensar en hacer el amor… objetos que anuncian a otros objetos y objetos que nos miran a nosotros enteros como un objeto más.

Qué más queda por decir de esta vida. Parece que ha sido así siempre. En todo caso, la normalidad tiene ese don de crear todos los días la apariencia de una eternidad sin repeticiones innecesarias.

el hombre que regalaba sus pestañas

De niño conocí a un hombre que regalaba a los transeúntes sus párpados. Todos los días lo veía caminando descalzo por las calles.

A veces iba elegantemente vestido con un terno azul y unas sandalias fucsias dejando sus huellas impresas en las más raras aceras de Lima.

El hombre se detenía en una esquina o en una plaza y empezaba a sacar de su bolsillo papeles de diferentes colores y entonces, sin explicación alguna, iba sacándose sus pestañas y las iba envolviendo en esos pequeños papelitos de colores. Sin dar explicación alguna iba repartiendo sus pestañas a los curiosos que se acercaban o se quedaban mirándolo extrañados. No buscaba dádivas ni solidaridad, sólo repartir al mundo la vellosidad oculta que recubrían sus ojos.

Extrañado, permanecía horas mirando este extraño acontecimiento desde lejos. Veía cómo las pestañas iban cambiando de mano en mano hasta perderse en una jungla interminable de dedos. El ojo del hombre se volvía entonces transparente y quedaba rodeado de un halo de neblina transparente.

El hombre, ido ya completamente, seguía sacándose sus últimas pestañas. Unos ojos brillantes y desnudos de vellos brillaban en medio de la avenida.

Me acerqué a donde él estaba, quise recoger la última pestaña, vi que una mano se me adelantaba y doblaba la esquina. Perseguí desde lejos a este último y atrevido carterista de dedos ágiles. El hombre al verme dejó caer el papel al piso. Corrí a recogerlo, pero ya anochecía y mis pestañas hicieron que mis ojos resbalaran hacia un dulce ensueño.

Al día siguiente amanecí en una esquina cubierto con un periódico. Miré hacia la pista y lo vi. En la otra acera el hombre que regalaba sus párpados permanecía quieto, soñando. Qui-

so regalarme sus ojos, pero sus ojos se negaron a apartarse de él. Vi entonces que encima de sus ojos brillaba un acuario de peces negros y que en vez de ojos tenía miles de manos flotando y alzándose alrededor de la cornea.

La ciudad permanecía aún en medio de la bruma. Me senté delante de él y le pregunté:
"¿Que llevas adentro, en los ojos, hermano?"
«Yo soy esclavo de estas pestañas –me dijo–. Las reparto para liberarme de ellas. Para que mis ojos puedan ser libres y confrontarse directamente con el mundo y así yo pueda tocar y captar con mi córnea en una sola imagen todas las calles pobladas de neblina de esta ciudad.»
Al día siguiente, encontré un papel de colores en mi cuarto con estas palabras:
"El ojo
Que toca la ciudad es el mismo ojo
Que recorre un cuerpo
Desnuda de vellos y puebla de sueños
Al cuerpo palpitante de la noche"

La pestaña, al lado de estas palabras era un anzuelo o ganzúa que perforóo mis bolsillos. Todavía permanece allí anclado como una astilla en mi pantalón

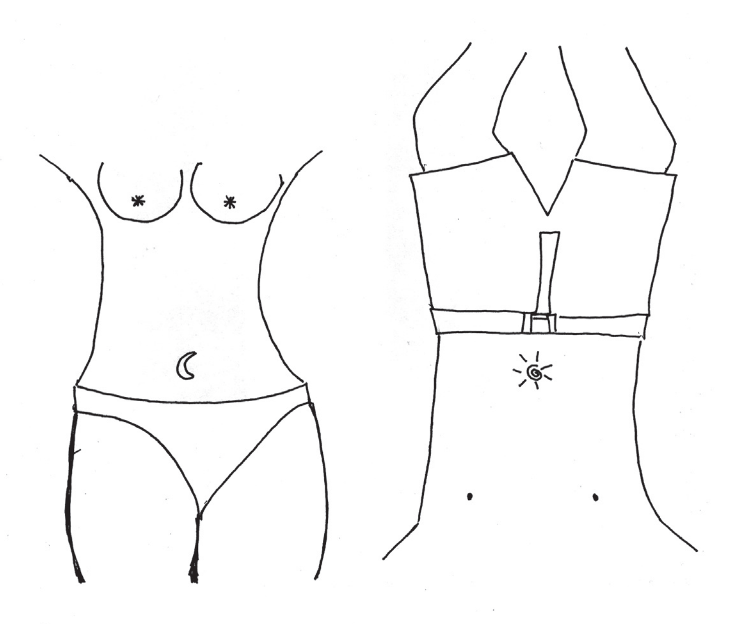
A veces me imagino lo que sueñan las pestañas y la veo a ella, pequeña pestaña, soñando adentro de mi cuerpo, mirando entre mis pupilas el reflejo de las calles. Mirando entre las calles el reflejo de un sol azul o un sol violeta o un sol hecho de papelitos de colores chinos que baila y baila y silba y baila nuevamente sin poder contener su alegría y va llenando mi vida, mis pies, y mis bolsillos azules con los más sorprendentes pasos de vagabundo y nuevos reflejos de calles vistos con anteojos de rayos ultravioletas, de rayos infrarrojos, rayos hiper-verde-sensitivos rayos azul-parapente y otros rayos inimaginables para cualquier ojo humano, excepto claro está, para los de ese hombre, su pestaña (mi pequeña niña pintada de azul) y mi bolsillo.

arte desde mis vísceras

Nunca supe que mi víscera era artista. Fuera de las ya consabidas funciones vitales de sobre vivencia la pobre no tenía tiempo para nada. La vida de las vísceras es una vida dura. Todo el día chupando y chupando la comida que pasa por las entrañas como una aspiradora esclavizada, sin feriados ni domingos, agarrando precavida y atenta todos los pedazos sueltos. Sin dejar que un sólo pedazo se le escurra por sus pegajosas manos.

Hasta que un día, mi víscera, hastiada de los desperdicios, guardó un pedazo de una uva, unos cuantos fideos sin procesar y una que otra remolacha e inventó su primera estatua. Lo que sigue es ya historia conocida. La fama de mi víscera trascendió los límites corporales. No pasó mucho tiempo hasta que los críticos y otros reconocidos estetas vieran las obras de tan rara e insólita artista. Los críticos, sorprendidos ante tan extraña belleza, decidieron abrir mi estómago (yo les di permiso por supuesto) para posteriormente exhibir en grandes museos y plazas públicas las fastuosas obras de arte que se escondían entre mis tripas.

Sin estómago y a punto de fallecer yo les agradecía, sin embargo, a mis tripas, a los críticos de arte, y a todos los grandes artistas la difusión de estas obras. Amante eterno de la belleza y el arte que construye retratos íntimos de la vida del hombre, miraba a mis preciosas tripas delante de mí convertidas en patrimonio de la humanidad, emocionado y al borde de las lágrimas. Intentaba darle una palmadita al hombro a tan gran creador: «¡Eres un genio!»– le gritaba desde mi asiento, sin poder siquiera levantarme a felicitarla.



la lengua en medio del ombligo

—

"Cree la lengua de la boca que los hombres desviaron de su rol, haciendola aprender a hablar… a ella, ella, la bella nadadora, desviada para siempre de su rol acuatico y puramente acariciador."
Vicente Huidobro

república de paraguas

Miraba por la ventana hacia la pista hace ya mucho tiempo, desde un micro en movimiento. Sentado en la pista, un mendigo en una silla de ruedas con un paraguas de colores sobre su cabeza iba deslizándose entre los carros. Guardé esta imagen en mi cabeza.

Mientras caminaba por calles calurosas llenas de moscas y sudores derramándose en cantidades industriales por las camisas, pensaba en ese mendigo cada vez que una señora se aparecía delante de mí con un paraguas encima de su cabeza. La imagen de un paraguas contra la lluvia solar que penetra en nuestro cuerpo me asediaba.

Empecé a imaginar una república de paraguas permanentes. Donde el paraguas se volvía una parte más de nuestro cuerpo. Los ojos conectados a la superficie del paraguas hacían girar los colores. En cada giro de un color rojo ocre a un azul-turquesa, o de un amarillo-pollito a un morado-antes-del-amanecer se deslizaban palabras-sin-lengua, un lenguaje inaudito brillaba a través de estas señas secretas.

Poco después me imaginé que los habitantes de esta república de paraguas ya no podían diferenciar el final de sus manos del comienzo del paraguas. Conservaron, eso sí, una mano para las operaciones de la vida cotidiana. Con la otra sostenían sobre sus cabezas este rompecabezas de colores. Poco a poco sus cabellos empezaron a subirse por la baranda del paraguas. Al poco tiempo, el hipotálamo (o esa maquinaria desconocida que nos hace soñar), arrastrado por una fuerza desconocida, se encontró en un nido de pelos y metales encima de la cabeza y debajo del cielo. Fue así que los hombres empezaron a soñar a través de los paraguas. Las coordinaciones psico-motrices, sin embargo, todavía se encontraban bajo el dominio de los impulsos del cerebro. Esto, sin embargo, también cambiaría.

El sexo del hombre y de la mujer desobedeciendo las coordinaciones dictatoriales del cerebro se deshicieron de los nudos que lo ataban al cuerpo y como dos extra-

viados moluscos de mar se deslizaron hacia arriba y agotados se quedaron dormidos en la punta del paraguas. Ambos sexos mientras se deslizaban iban cambiando de forma e iban adquiriendo la forma que el hipotálamo soñaba para ellos. Un hombre soñaba que su pene era un caballo. La mujer que miraba el paraguas del hombre de reojo desde una esquina pensaba que su sexo era una caballeriza llena de azúcar. Las combinaciones posibles para el acto amatorio se tornaron infinitas.

P. S.

Hace poco, mientras andaba caminando por el ministerio de trabajo y me vi frente a una manifestación de trabajadores que buscaban reposición, volví a ver muchas señoras descansando del sol debajo de varios paraguas. A ellas les debo este extraño desvío de mi imaginación.

sexo anti-gravitacional

«Últimamente he andado obsesionado con una idea: el sexo anti-gravitacional. O en otras palabras, ¿cómo será hacer el amor fuera de la órbita terrestre? Me viene a la mente la imagen de dos astronautas haciendo el amor en el espacio exterior. Salen de una nave espacial, conectados por dos cables que sujetan sus trajes espaciales. Están en una zona de gravedad cero. ¿Existirá el deseo sexual en gravedad cero? ¿La sexualidad se regirá por otra forma de gravedad en el espacio exterior? ¿Qué impulsará, finalmente, la atracción de los cuerpos en el espacio y dirigirá ese extraño sentido del tacto que rige el sexo en la tierra?

Me imagino una maraña de cables conectando los trajes espaciales de un hombre y una mujer flotando en el espacio. Todos los cables transmiten las sensaciones de una célula de la piel y se encuentran conectados al cerebro de los astronautas. Miles de células de piel forman otra piel mecánica que explota en electrodos y voltios de diferentes intensidades. Las sensaciones se reproducen, cambian, mutan. Cada célula de la piel transmite una imagen al cerebro. Cada célula lleva un código de transmisión. La célula 2055XH1, por ejemplo, transmitió unos ojos verdes que miraban al mar. La célula 214569FH2 proyectaba un par de senos deslizándose por la acera. La célula 342354DW3 proyectaba un hombre con el sexo en forma de botella transparente haciendo el amor con una mujer que era al mismo tiempo un parapente.

Al principio las células de los astronautas intercambian chispazos de colores. Este es el primer instante de la cópula. Estos chispazos buscan quebrar la pulsión anti-gravitacional de los cuerpos y logran que se acerquen los cuerpos y, si es posible, que se toquen.

Lo que sucede después es que los ojos de los astronautas se reconocen y son llevados uno hacia el otro. Los ojos también se conectan y, a través de ellos, se reproducen las millones de imágenes que transmiten simultáneamente las células de la piel en un segundo. Lo que sigue es el mayor orgasmo visual que uno pueda imaginarse.

Millones de imágenes se superponen y copulan entre ellas. Todos los cuerpos que el astronauta varón y la astronauta mujer han visto o sentido, tocado o deseado a través de la piel durante su vida explosionarán e implosionarán en unos cuantos nanosegundos. Los cuerpos transpiran carbón como locomotoras. Al final, ambos pares de ojos eyacularán ondas electromagnéticas, sin poder contenerse.

Del semen del astronauta nacerá una supernova. De las gotas de los fluidos vaginales… surgirá el polvo interestelar, y de ese líquido-madre surgirán los planetas y los más extraños equinoccios de luz de cuyos desvaríos secretos surgió la vida».

Neil Armstrong
Post Data

El extraño texto que ustedes acaban de leer fue escrito por Neil Armstrong en el año1969. Algunos creen que surgió a raíz de un sueño erótico que él tuvo durante su primera noche orbitando el planeta a bordo del Apollo XI.

voyeurism

Nunca había visto su rostro en un espejo. Ninguna superficie de vidrio lograba reflejar su esquivo rostro. Los espejos, en cambió, mostraban lo que él deseaba ver. Antes de acostarse veía pasearse delante de él los cuerpos desnudos que en silencio había deseado mirar y tocar. Su mano se acercaba hacia las siluetas y él sentía como si el espejo transpirara…

Otros días lograba mirar lo que ocurría detrás de las puertas ocultas de los gobernantes, las oficinas de los militares, las habitaciones estrechas de los prostíbulos y las viviendas más reservadas. Llegaba frente a cualquier espejo y veía escenas de militares y gobernantes chantajeando a sus subalternos, o pisoteando abiertamente los derechos de los ciudadanos. En los prostíbulos veía la tristeza que dejaba el coito en los cuerpos abandonados. Los espejos se empañaban entonces de tantas historias que se le aparecían. Algunas veces, los espejos no dejaban de temblar.

Su rostro invisible para él ponía las más extrañas muecas. Se agitaba. Empezó a andar sólo todo el día. Extrañado se imaginaba cómo sería visto por todos aquellos que miraba día tras día desde el espejo de su habitación. Soñaba con mirar su rostro desde unos ojos que no fueran los suyos. Empezó a pensar que no tenía rostro, que su rostro era una extraña prolongación de todos los rostros que veía…

Por fin un día decidió filmar su rostro y mirarlo detenidamente. Fue entonces cuando vio que su rostro estaba en su sexo y su sexo estaba colocado firmemente en su rostro. Sorprendido e incrédulo adujo este error a una ilusión óptica. Miró de todos modos su aparente rostro descansando sobre sus piernas y comprendió, al fin, los extraños efectos del voyeurismo.

disfraces de perros

A Ocarina
cachondita preciosa

Nos encontramos en medio de un extraño evento. Perros de todas las razas, formas y tamaños andan encorsetados en los más descomunales disfraces.

Súbitamente me vi convertido en un perro disfrazado de Chapulín Colorado con un chipote chillón, descansando encima de mi hocico. A mi lado la perrilla más hermosa me lamía la oreja. Mi enamorada canina se había puesto un apretado traje de mujer maravilla. Mejor acompañado imposible. Con esta chica huesilla de porcelana durísima de roer y pegada a mi costilla, me vi sumergido en la más delirante exhibición canina de todas las épocas…

A mi lado, un perro disfrazado de superman se preguntaba quién era este perro Chapulín Colorado el que, por supuesto, no entendía ni una pizca de español. Había perros disfrazados de árboles. Perrillas con polleras. Un perro disfrazado de piloto de fórmula uno imitando a su máximo ídolo ya fenecido, el brasileño Ayrton Senna, un perro amante de la velocidad sin duda. Para controlar a este inquieto y veloz galgo, entre los otros perros se encontraban perros disfrazados de semáforo y otros de las más disparatadas señales de tránsito. Un perro se había disfrazado, por ejemplo, del cartel: «Cuidado niños cruzando»

No faltaban los perros lunáticos con los más insólitos disfraces. Un perro disfrazado de acuario con goldfishes reluciendo en el interior de su vidriado estómago. Perros disfrazados de platillo volador y perros con forma de aeroplano y helicóptero. Un perro había querido pasar desapercibido y se había disfrazado de peca. Otro más algorítmico andaba vestido de calculadora. No faltaron los perros disfrazados de tractores y la más variopinta maquinaria pesada. Tampoco hacían falta los perros disfrazados de bocinas, aceleradores, neumáticos reventados y, por supuesto, los archiconocidos perros disfrazados de ventana…

Dentro de esta curiosa fauna también se encontraban perros que queriendo facilitar aún más la vida del hombre se habían disfrazado de ventilador. Otro más, frigorí-

fico, se había cubierto el cuerpo con cubos de hielo y andaba gritando que era un perro refrigerador... Otro perro en vez de refrigerador se la había agarrado con los heladeros y tocando su vecina (¡perdón bocina!) andaba disfrazado de perro heladero. Cómo no mencionar al perro algodón rosa (de sospechosa sexualidad) y a los perros más pegados a la tierra y la naturaleza (¡Qué viva green peace!) que decidieron disfrazarse a su vez de humus, guano, nube y mar.

Tampoco faltaban los perros graciosos que se la querían dar de cantinflas. Otro perro travieso se puso su disfraz de guacamole y se quiso meter entre un par de frejoles y unos tacos. «A ese perro me lo comería», gritó la fantástica y bellísima perrilla mujer maravilla. A su lado pasaba un perro disfrazado de jirafa que andaba diciendo que « los perros salchichas que se habían disfrazado de hot dogs ya estaban hirviendo y con mostaza». Otra perrilla, bellísima ella, había ido a un renombrado cirujano para un reencauche de rostro y ahora era la perrilla miss mundo, con las piernas más largas y tornasoladas del planeta que hacían babear a todos los clubes nocturnos perrunos del Universo.

El jurado no debe olvidarse tampoco del perro que decidió disfrazarse de arena azul. O del otro perro que imitando a toda una generación de perros astronautas rusos (en especial a la adorable Laika) quiso disfrazarse de satélite y a otro aún más atrevido que se disfrazó de onda microondas para viajar a los confines del sistema solar. No faltó, tampoco, el perro disfrazado de periódico con un par de perros muertos en la primera plana. Ni el perro espejo retrovisor y el perro triángulo equilátero, que se la dio de principio de la geometría euclidiana. También se hizo notar el perro disfrazado de botella de mar y el perro naúfrago a punto de suicidarse si es que Marylin Monroe no visita aunque sea por unos segundos sus más delirantes sueños perrunos. Así mismo, nadie se extrañó que se haga presente el perro disfrazado de uña y el perro disfrazado de pie de paquidermo (ambos igualmente olorosos, con las disculpas respectivas que los estimados lectores merecen).

Tampoco quiero olvidarme del egocéntrico perro disfrazado de central telefónica que quería recibir todas las llamadas del país sin gastar ni un centavo. O del perro disfrazado de electricidad que se zambullía como un relámpago cada vez que se acercaba a mirarlo, curiosa, la inquietante perrilla miss mundo. El minúsculo perro disfrazado de hormiga atómica contemplaba la escena, nada romántica, asqueado.

Siguieron los perros más delirantes. El perro disfrazado de mandíbula que no paraba de reírse ni por un momento y contagiaba su risa al perro disfrazado de taquicardia, que podía morirse en cualquier momento. El pobre perro tartamudo disfrazado de lengua, se mordía a sí mismo. Mientras tanto, el perro disfrazado de sexo se orinaba de risa.

No faltaron por último los perros más cachondos y aguantados… Que se habían puesto los disfraces más apretados que encontraron en el armario. El perro disfrazado de galán porno venido a menos, que ahora actuaba de Teletubbie y también actuaba de dinosaurio en las fiestas infantiles. Otro perro se había disfrazado de sudor y se deslizaba entre una perrilla bellísima que se había disfrazado de pezón erguido que a su vez andaba encima de un perro disfrazado de almohada. Tampoco faltaban las perras disfrazadas de prostíbulo tropical, que eran el delirio de los perros disfrazados de cerebro.

Existieron disfraces equivocados por supuesto. Un perro se disfrazó de gota de agua. Sin embargo, entró a un perro disfrazado de laboratorio y allí pensaron que se había disfrazado de gota de semen, pues antes había pasado por un perro disfrazado de colorante blanco… Fue así como el perro disfrazado de gota de agua terminó en el disfraz del perro inseminación artificial… Lo que dejó a la perra disfrazada de clítoris excesivamente molesta.

Quisiera terminar esta ya larga lista, abreviada por supuesto, mencionando algunas últimas excentricidades… Por ejemplo, una perra disfrazada de yegua que daba vueltas alrededor de un perro disfrazado de hipódromo. Se debe mencionar al perro que decidió quitarse su disfraz de melancolía y se disfrazó de la palabra «Buenos Días». "Hey allí va el perro «Buenos Días»". Se le ocurrió señalar al perro disfrazado de la palabra «Hey». Por ultimo, antes de despedirme de Ustedes, quisiera mencionar al perro disfrazado de gemido, ¡ese perro no duerme nunca! Al perro sueño (¡ese ronca que da miedo!). Al perro disfrazado de Internet. Al perro que a veces se le da por disfrazarse de humanidad. Al perro disfrazado de cachondez (el más terrible de todos) y a su hermanito menor, el perro disfrazado de «¡¡Uff!! Esto me puso». ¡Ah! me olvidaba de mencionar al perro disfrazado de Adiós.

las mujeres son un culo de elefante

Este cuento fue escrito por un misógino muy imaginativo. Su opinión no está suscrita por el autor.

Las mujeres son un culo en el elefante. O mejor dicho, las mujeres son el gigantesco culo de un elefante. Los hombres somos el culo de una pulga que va saltando a ras del suelo hasta llegar al culo del elefante.

A veces, la pulga salta y salta y no llega hasta el culo del elefante. Entonces la pulga se sube sobre una serpiente hindú y da vueltas en el aire. Trata de subirse a un globo o se ensucia adentro del pelambre de un tigre de bengala. Hasta que su tenacidad hace que llegue y se quede dormido soñando sobre las sobresalientes y ondulantes caderas.

Igual una vez que el objetivo ha sido alcanzado todo esfuerzo realizado parece haber sido en vano. El gigantesco culo del elefante enamorado de su reflejo en el estanque ignora los esfuerzos de la pulga por soñar encima de sus apetecibles colchones rellenos de maní y lo empuja sin querer con una extraña flatulencia hacia su reflejo en las aguas. La incauta pulga sigue soñando que se encuentra todavía en un culo gemelo y termina, por ilusa, siendo arrastrada por las corrientes hacia un mar rosado repleto de pirañas donde se devoran los corazones de las pulgas, que mueren soñandocon el gigantesco e impecable culo acolchonado y de almidón blanco de su inmenso elefante idolatrado.

la lengua en medio del ombligo

A la lengua
la más bella nadadora

Tengo justo en el centro del ombligo una lengua. Se que no van a creerme, pero es así. Nació conmigo. Se expande cuando duermo, va escalando hasta mi cuello y a veces pienso que quiere matarme o quizás sólo tocar mis ojos…

Por supuesto, que después despierto y la encuentro tranquilita, casi sumisa, mirándome entre asustada y sorprendida de ser descubierta desde una punta salivosa donde un pelo finge de mirada. «Bola de saliva» le digo, «anda y metete adentro del estomago y no jodas.» Ella ni caso me hace y se columpia o salta de un vello a otro vello.

Mi madre me dice que ella y yo, un día, estuvimos conectados por un nudo infinito de palabras. Mi cordón umbilical estaba hecho de escalas musicales y lenguas circulares. Lenguas camaleónicas que imitaban en su latido al arco iris. (O al menos eso es lo que está escrito en esa extraña leyenda maternal).

De ese largo hilo de vida una lengua se quedó pegada a mi cuerpo. A veces, pienso en lo que ella y yo tenemos en común. En la distancia de ese extraño paladar que toca y se alza a veces, como marea en mí, y quiere envolver todo mi cuerpo en extraños deleites incomprensibles para los insumos químicos de mi cerebro…

La pequeña niña-lengua de vidrio salta y juega con mis palabras y toca cada día un pedazo diferente de mi cuerpo. Duerme en el ombligo. Pero en mis sueños, siento que se desliza, avanza por mis brazos y piernas, toca mi sudor, mis glándulas, cada gota de transpiración de mi cuerpo. Así me va bebiendo lentamente…

Las personas que la han visto se ruborizan. Avergonzadas, me dan la espalda. Yo trato de explicarles, que no es mi culpa, que no puedo controlarla, pero ya es demasiado tarde. La lengua, bella nadadora, ya ha saltado de mi cuerpo, ya va tocando la piel vecina y ya muerde en silencio las palabras íntimas, que mueven los astros y tocan los cuerpos.



Versos enredados en Azul y Amarillo

«quien toca este libro toca a un hombre»
walt whitman

oda a la alegría

Amo el amor
así como amo la tristeza
y amo la soledad
y amo las multitudes
amo todo aquello que atraviesa mi vida
amo también lo que no atraviesa mi vida

Amo caminar estar tendido en mi cama todo el día
amo no hacer nada (ser oruga o caracol)
amo hacer todo
amo estar obsesionado con inventar continuamente una vida
amo estar obsesionado con mirar a ningún lado y a todos lados
amo las neuronas con las que mi mente se masturba al mirar el universo.

Amo las mujeres sus cuerpos que no son mercancías ni productos estéticos sino vida misma danzando sobre mis ojos.

Amo las veredas las calles sucias o limpias
amo los avisos de neón amo la ciudad
(me imagino una ciudad con los rostros entrecruzados mirando ahora estas palabras)

Pero sobre todo amo la alegría
la alegría conduce a estados frenéticos
amo la música que es una prolongación de las alegrías del cuerpo
amo las alegrías de mi cuerpo
amo las alegrías de mi conciencia
amo JUGAR con los nombres las letras del alfabeto el azar y el destino
y por eso estoy vivo todavía
cuando muera amará la muerte y espero que ella a mí me ame.

Amo el cielo despejado y el cielo nublado.
Amo el mar en calma y el mar turbulento.

Creo en el hombre.
Por eso sé que la vida que te venden en la televisión son sólo reflectores vacíos.

Amo sin embargo las carcajadas que me produce mirar dibujos animados.
Amo las idioteces que dicen los programas de televisión.

NO AMO cómo se banalizan los sentimientos de las personas

Y la vida se convierte en mero entretenimiento
NO AMO la miseria la injusticia la dejadez la mirada frívola la vida que se esconde y se proyecta como mercancía.

NO AMO la explotación ni cómo el entretenimiento nos da una falsa alegría, una alegría momentánea, y nos regala muecas.

AMO la alegría de la risa que se expande por las esquinas en los bares
AMO mear en mitad de la pista AMO las borracheras espirituales invadidas por la música AMO la tristeza que me deja ver más tonos de azul en el cielo
AMO la soledad que me regala una música secreta que raspa los discos de vinilo del cielo

Pero sobretodo: AMO esta VIDA extraña imprecisa impredecible caótica libre y encadenante sincera tonta ilusa fecunda anormal bellísima que copula todos los días con un sol y tiende en la noche las manchas blancas de su cuerpo en un cordel y las convierte en estrellas.

P. S.

Sobre el amor qué puedo decir, que es el sentimiento más individual y social que conozco. Reconozco que los sentimientos se han convertido en cuestiones individuales y que se han privatizado, alienando al hombre de sus propios sentimientos (los sentimientos están hechos para ser comunicados –a ti mismo o a otras personas).

Creo sin embargo que esa individualidad le da muchas veces una mayor fortaleza a los sentimientos. No hay que tenerle miedo a esa individualidad, estoy de acuerdo en ver los sentimientos en términos sociales, pero sólo en tanto esa individualidad no se diluya y en aras de una mayor justicia social (que también me parece muy necesaria) se pierda esa serie infinita de espejos que nos hace humanos.

el cielo

El cielo
se eleva cada día
12 centímetros por encima de las nubes.

El azul del cielo por el contrario
desciende del cielo 50 centímetros
los miércoles y los fines de semana
para las fotografías de rigor…

Un hombre de negocios con gafas negras y corbata azul…
Un día decidió comprar el cielo…

Mandó un cheque en blanco atado a un globo azul.
Pintó toda su casa su mujer y su cuerpo azul.

Desde entonces
el cielo se eleva cada día
12 centímetros por encima de las nubes.
Asustado.

parpadeos

Hoy día parpadeé 18, 754, 930,060 veces desde que desperté hasta que me volví a dormir.

Mañana estoy pensando parpadear 19, 483, 928,328 veces.

¿Cómo llevo la cuenta se preguntarán Uds.?

¿Cómo decido cuántas veces parpadear al día?

Mis ojos: sonámbulos permanentes no dejan de contar nunca y de hacer cálculos de acuerdo con las condiciones atmosféricas, la humedad de los párpados y los circuitos neuronales que rodean las imágenes que inhala la córnea.

(Mis ojos son, en suma, unos pobres mendigos de los crueles y exactísimos números arábicos).

El cielo también parpadea en cada uno de mis ojos cuando lo miro detenidamente.

(Ese impreciso cielo que no puede contar con exactitud todavía los parpadeos de todas sus caóticas e irreverentes estrellas).

Cada párpado…

Cada párpado en mi sueño está abierto al sol.
(Oración escrita en una ventana después de soñar con el cielo azul).

haiku

El mar
llena de asombro
a la neblina

dream eyes

El ojo entre las nubes
entre los edificios El ojo
El ojo entre las orillas
entre un poste desnudo El ojo

El ojo colgado de una sombra
colgado de un alambre El ojo
El ojo colgando su paraguas
colgando gotas sueltas El ojo

El ojo macho irreprimible bailando
hembra de tacones altos curvos El ojo
El ojo hermafrodita de sexo doble
travesti caminando por la neblina El ojo

El ojo
los ojos
por los que miro el mundo
el ojo inclasificable
por el que pasas por mi vida
los ojos por los que me mira inquieta
esta vida
de ojos machos y ojas hembras
entre todos los ojos
el ojo-sueño
y su tormenta irreprimible de imágenes

El ojo en el que tiembla el hilo telefónico de mi conciencia
El ojo en el que penetro en tu cuerpo:

campo de visión   mano de pupilas

reloj de miradas   cuerpo sin fondo

reflejo de luz   pupila de mi sangre

aliento y música diáfana

de todas estas extrañas edificaciones:

ventana / luz / memoria de vidrio /
/ despertando párpados secretos /
/ último cuerpo transparente /

juego de botellas al mar

"Así empezamos con el juego de botellas al mar."
Ricardo Gálvez

Las botellas permanecen siempre al borde de la isla. Una botella en una isla desierta pertenece a la periferia, al límite de todas las orillas.

. . .

Es curioso, las botellas contienen.
Contienen líquidos, sabores, sensaciones.

Ninguna botella contiene, sin embargo, la necesidad de comunicarse desde una isla desierta.

. . .

Me imagino a un náufrago arrojando al mar cartas que sólo pueden ser descifradas por otro náufrago.

O a un náufrago enrollando un As de tréboles y otro As de corazones en una botella esperando que sean las cartas que el otro necesita para ganar la partida.

. . .

Un náufrago sueña con una mujer.
La dibuja en el interior de una botella.

La botella viaja destellando en la cresta de las olas.

El náufrago no puede dormir.
El mar aquieta sus olas y prolonga su espuma.

. . .

Arrojar una botella al mar con una hoja en blanco.
No dejar ninguna huella, buscando el naufragio perfecto.

. . .

Empezar con el juego de botellas al mar.

Dejar una botella en medio de la calle o en una esquina desierta.

Andar intercambiando las cartas de una baraja al azar
de botella en botella,

O simplemente vagar por todos los puertos con una botella
en forma de pipa, otra en forma de pluma y otra más en forma de saludo.

hand - poems

«Llega un día
en que la mano percibe los límites de la página
y siente que las sombras de las letras que escribe
saltan del papel.

Detrás de esas sombras
pasa entonces a escribir en los cuerpos repartidos por el mundo,
en un brazo extendido
en una copa vacía
en los restos de algo.

Pero llega otro día
en que la mano siente
que todo cuerpo devora
furtiva y precozmente
el oscuro alimento de los signos.

Ha llegado para ella el momento
de escribir en el aire
de conformarse casi con un gesto.

Pero el aire también es insaciable
y sus límites son oblicuamente estrechos.
La mano emprende entonces su último cambio:
pasa humildemente
a escribir sobre ella misma»

Roberto Juárroz

I
Mi mano
quiso
tomar la forma de tu cuerpo
Vía Láctea:

tu cuerpo
toma
la forma
de mil dedos
luminosos
dándole de lactar
a los astros

II
Estas manos
se deben
a las noches
estrelladas

III
El cielo
mira su reflejo
en las venas aéreas
de mis manos
(sonámbulas de agua)

IV
El transeúnte
se apoyó
en la baranda
y vio el mar

El mar
se inclinó sobre la arena
ladeó la cabeza
y lo volvió a mirar

Las manos azules del cielo
llovían desde los ojos
del extraño transeúnte

V
Sostengo
un lapicero
escribo
C I E L O
Ahora la palabra C I E L O
me sostiene a mí

VI
Arena:
piel de lumbre
filtro de agua dorada
avanzo por ti
y penetro
en otro continente
donde el agua
bebe al día
y el sol
refleja la noche

VII
TOUCH-MEMORY

Hay un sentido
del recuerdo
inscrito en los dedos
Mis manos
tocan otro sentido del tiempo
Un tiempo físico
que lame las huellas digitales
y deja
en el borde del cuerpo
un mapa de nudos
donde se unen
en secreto
todas las orillas

heliógrafo

I
El sol
es un fotógrafo
nuestros días
son los flashes de su cámara
las noches
las cámaras oscuras
donde se revelan
imágenes
sobre la piel oscura
del cerebro

II
Te imaginas
fotografiar un sueño
robarle 1 sola imagen
a ese sueño
revelar la foto   dejarla a tu lado
y seguir durmiendo

Tener la certeza de que esa foto
sólo existe
fuera de ti
mientras duermes

Cuando despiertes
ya no estará allí

No hay una medida de luz
ni lentes ni diafragmas
que se abran a las fibras ópticas
imprecisas
de esa imagen-luciérnaga

III
Un hombre
mira
una vieja fotografía
donde
a su vez
un hombre mira
una vieja fotografía
y ese primer hombre
imagina
si realmente existe esa fotografía
que mira ese hombre
y el hombre fotografiado
a su vez
se pregunta

si realmente
existe alguien que lo está mirando a él
mirar esa foto
donde está
haciendo el amor
con esa extraña mujer
que tatuó su cuerpo en el suyo
y que ahora mismo
ya no existe

IV

Si una flor
pudiera mirar su imagen…

¿Sabes
lo que diría?

Empezaría por mandar a la mierda
a todos los poetas
que glorificaron un color
inexistente…
y convirtieron sus pétalos en
palabras ahogadas por la belleza

La flor no ama un espejo de
palabras
ella siempre amó los chapuzones
de la neblina y la lluvia
no entiende de instantes
ni de postales palabras de amor y
otras extrañas formas de galantería

La luz del sol
sin embargo
que no puede dejar
de atravesar su corazón de carne
enrojece mientras la mira
a ella alzando la lengua al cielo
y penetrando
en la saliva quieta del día

día teñido

Quise levantarme.
Volverme a dormir lentamente.
Sonámbulo sentía
a una criatura nocturna que mordía el alba en mis brazos.

El atardecer reunía y unía los pedazos de mi cuerpo en tu cuerpo.

Mis ojos iban palpitando dentro de tus ojos.
Mis vértebras empezaron a llover sobre colores desconocidos.

Tus labios se convirtieron en turbinas dínamos y hélices
que volaban sobre mis membranas inquietas.

Mi piel teñida de lluvia vagaba por puertos desconocidos.

Quise despertarme.
No podía sentir la lluvia ni los paraguas que sostienen la lluvia sobre el cielo.

El sueño iba invadiendo mis pies, mis manos, mis muslos,
mi lengua y mi palabra.
El día estaba teñido de anilinas.

Escogí el color de la despedida para mi mano.
El color de la lluvia para mi espalda.
El color de la noche para mi ombligo.
El color de la soledad para mis huesos azules.
El color de la desesperación para mi sexo dormido.

Avancé hacia ti

teñido con los colores que tu cuerpo
reflejaba sobre mi cuerpo

Andaba solo.
Mi cuerpo repartido en colores goteaba ojos al verte pasar.

En tu cuerpo los colores de mis palabras se fueron poblando de manos transparentes, escaleras púrpuras, hipocampos verdes, sonámbulos desnudos, hombres solitarios sin color, estrellas de hule, caucho inquieto de tantas miradas y parapentes volando en pleno amanecer.
Así fui creciendo en ti pequeña astronauta de pinceles vagabundos.
El día seguía teñido.
Alguien soñaba con un pincel en forma de ojo.
Yo soñaba con una paleta de colores
un caracol marino o una nube azul para volver a tocar nuevamente
los colores de tu cuerpo.

des-nudo a-zul

Los semáforos y las luces de neón
reúnen sus luces en el garaje trasero.
Iluminas mi rostro con el humo que dejas volando en la esquina
yegua hecha de los latidos de mis manos.

Circuito interminable de átomos de nubes de labios y avenidas
repletas de pies y sombrillas aguamarinas
que pueblan las calles
por donde te veo pasar
todos los días
con un café morado en el centro de tu ombligo
y unos ojos de helado de lúcuma que se derriten en mis pómulos.

Leonado da Vinci soñaba con pintar un desnudo azul.
(Extravagante y viejo inventor de palomas).
Dibujo una paloma oreada de garúa en tu seno izquierdo
y una jaula abierta al horizonte en el otro.

Yo vi un ave que entraba adentro de tu imagen y huía
mordiendo tus pezones buscando los aviones de papel
e insignias de pilotos que templas en tus manos
aviadora sin bufanda y uniforme
que intuías mi lengua adentro soñando en tu latido.

El ave iba volando a través de tu pubis en forma de gota de lluvia.

Dormido. Tu cuerpo se tendía hacia el mar
como un periódico repleto de miradas y palabras
alcé las cejas, el vientre, los miembros hacia ti

y te besé en el centro donde
se hunden todas tus orillas
estuario o estatua de cielo
y reconocí la sal a la que perteneces.
Y a la que yo también pertenezco.

De todas las gotas
que te integran
bese
tus ojos
gotas de azúcar rubia
tus manos
gotas de fuego sobre mi pecho
tus dientes
gotas blancas
sobre mis labios.

Leonardo da Vinci
soñaba
con tu cuerpo azul
todavía.

Mientras tanto
el ave abrió los ojos
Leonardo soñando todavía
te hizo cosquillas
con una pluma blanca
y naciste tú
color y risa del mundo.

gotas

una gota de agua
una gota de aceite
una gota de sol
una gota de risa
una gota de elefante
una gota de sombrilla
una gota de cielo
una gota de lluvia
una gota de pie
una gota de uña
una gota de tierra
una gota de limón
una gota de pelo
una gota de pestaña
una gota de sexo
llueven
sin paraguas
ni goteras
o cafeteras
que las contengan
sobre el nudo de gotas
que desato en el centro
de tu ombligo.

estrellas en los sexos de los caracoles

"Ètoiles en des sexes d'escargot"
Joan Miro
(En homenaje al juego)

Las estrellas estacionan sus coches luminosos justo en el centro
del sexo de los caracoles.

El sexo de cualquier caracol macho es un espiral de semen azul.

B L U E   C I N E M A

Mientras miraba tus ojos tú mirabas mis manos descender en ti
en medio de la…
l l u v i a.

C I N E M A   B L E U

Las estrellas de mar van girando alrededor como tornasoles
o sombrillas de colores.

Las caracolas alzan la lengua al cielo y dejan con taquicardia a las nubes.

Al ver el baile de las caracolas un erizo se ha atragantado de cielo.

En un poste el universo cuelga enredado en los cables…

B L U E   H E A R T

Mi corazón   caracol baboso   va saltando   y saltando

enredado en los colores de las estrellas.

El sexo de los caracoles es un ave sin nombre que deja
una pluma blanca en mis labios.

Encima de la pluma brillas tú   l i t t l e   s t a r.

dormía. alguien abrió la puerta

I

Dormía. Alguien abrió la puerta. El viento entró. El viento cerró la puerta. Entre el abrir y cerrar de la puerta despertó.

La habitación era la misma.

La mujer a su lado tenía un latido de reloj. Senos en forma de semáforos. Por su cuerpo desnudo transitaban hormigas rojas lamiendo los pelos de las axilas.

Ella soñaba.

Su boca se entreabría suspirando.

Él grito.

Corrió desnudo alrededor de la habitación golpeando las paredes hasta que los nudillos de su mano se quebraron.

Cansado se echó de nuevo a su lado y se quedó dormido.

Ella dormía. Alguien abrió la puerta. El viento entró. El viento cerró la puerta. Entre el abrir y cerrar de la puerta despertó.

La habitación era la misma.

El hombre a su lado tenía los miembros prolongados. Había agujeros rojos en los nudillos de su mano. Por su cuerpo desnudo avanzaban ojos verdes con alfileres sintiendo los bordes de la piel.

Él soñaba
su boca se abría y gritaba.

Ella suspiró.

Se arrastró por los bordes de la habitación gimiendo desesperada. Mientras su cuerpo entero tocaba las membranas rojas de las paredes.

Cansada se echó de nuevo a su lado y se quedó dormida.

II
Ni el hombre ni la mujer existen.

Duermen juntos.

Sus sueños transcurren en un espejo
pero nunca se tocan en la superficie lisa.

El cuerpo de la mujer sólo existe cuando el hombre
sueña que la mira.

El cuerpo del hombre sólo existe cuando la mujer
sueña que lo mira.

Alguien abrió la puerta. El viento entró. El viento cerró la puerta. Entre el abrir y cerrar de la puerta alguien soñó que despertaba.

La habitación era la misma.

mapa verbal

Aquí duerme el norte
sin brújula que lo ubique…

Al sur van todos los marineros que no conocen la Antártica y nunca han pasado por el estrecho de Magallanes…

Al oeste los vaqueros de las viejas películas andan en los bares buscando a John Wayne y a todas sus balas dispersas…

Al este corren las estepas rusas y el transiberiano que fuma como locomotora amarilla…

Al centro el equinoccio que dibuja todos los mapas y latitudes sin obviar ningún detalle cartográfico…

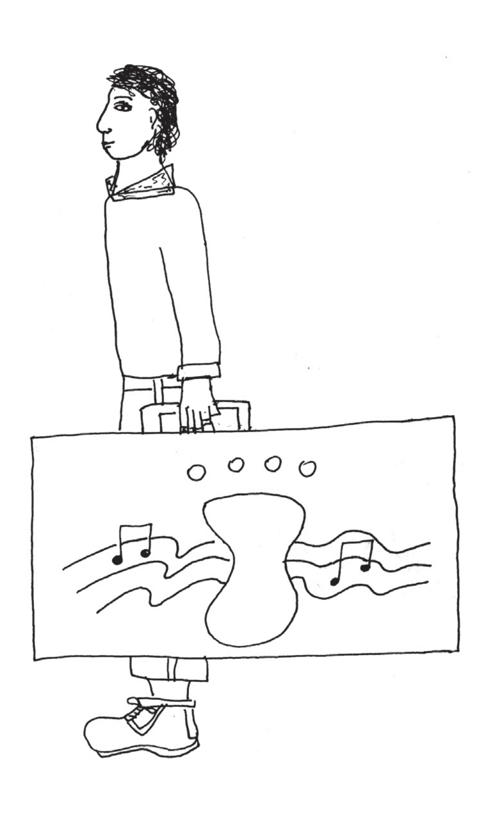
dispara sobre esta hoja...

Dispara sobre esta hoja de papel con una pistola…

Destroza en mil pedazos la hoja recientemente suicidada
arroja al mar los restos óseos…

Mira un pedazo minúsculo de papel perderse entre la espuma de una ola…

He allí un poema…



Canciones silbadas por los pies

«y oír tan solo lo que con sonido nace»
Alberto Caeiro

la música salió a las calles...

Cansada del copyright, los derechos de autor, los estudios de grabaciones que aíslan a los sonidos del mundo, y otras idioteces empaquetadas por el mercado…

La música salió a las calles…

Bailó, y se embriagó en las esquinas con los ritmos de los pasos y los pechos jadeantes de los transeúntes.

Fue dejando sus pies descalzos impresos en todas las ciudades del mundo…
La música, loca y vagabunda, iba saltando de tambor en tambor.

Su sonrisa besó los ojos de todos los puertos y tocó el murmullo y las voces de los transeúntes.

Los hombres entusiasmados empezaron a cambiar sus orejas por discos.

Los antiguos discos se fundieron con las nuevas orejas de los ojos y las manos. El cuerpo lentamente se fue poblando de orejas de todos los tamaños y formas. Orejas-aviones, orejas-trapecistas, orejas en forma de latidos y orejas-barcos-de-papel fueron invadiendo las calles y las cornisas.

En la calle, se veía un carnaval de orejas de todos los tamaños que iban y venían alegres bailando con los sonidos de la infancia, de las riñas y los callejones nocturnos, de los cuerpos haciendo el amor en las plazas y en las alcobas con la mirada distraída pero firme de la vejez y la respiración y la vida de miles de hombres se inventaron nuevas canciones que transpiraban y soñaban como nosotros…

La música no tiene propiedad ni dueño.

Nunca la ha tenido.

Nuestra vida tampoco la tiene.

Niña de labios gruesos, desafinada, de voz ronca o frágil, eufórica, confundida con los carros y las sirenas y los gritos de los edificios, la música, le cantó una canción al alba…

Un hombre desnudo hizo un nudo de sonidos en su corazón.

Su corazón era azul. Adentro de esta arteria central brillaba su trompeta Trinidad.

(Mi pequeña Trinidad te amo con cada segundo de mi vida – le dijo).

Otro día transcurrió, a través de los espejos de todos estos nuevos ritmos. Atardecía.

La música fue ascendiendo por peldaños y rascacielos.

Canciones nocturnas brillaban vehementes en el cielo.

silly old blues

To my blue little sis'

Hey U Silly Old Blues
Ain´t got nothing to do
but sing to U

Ain´t got no smiles left in my hands
Ain´t got no fancy cars
or t-shirts shining over cloudless skies

Only this honky tanky rhythm and this Silly Blues
monky tonky
wolly holy Molly U

Ain´t got nothing to do
but keep singing old crazy tuna tunes…

Little sister
cause U paint grey mules
and press hard on my
old chevrolet rules

Ride with your eyes
through my pants
and toss them completely apart

Drive through this sidewalk
of nights gone south
without shoe laces
or pop up lights

Take my nude torso
as a statue
of the moonless piano
or the blurry old sun
that leaves
without breath
the bangles shining
inside the stars

Shiny sheet of silver
sweet old honey moon
Ain´t got nothing to say
but this Silly Old Blues

Lonely heart of mine
singin' at a crossroad
where the devil
caught sight of the purple blur

Ain´t got nothing to do
but keep singing old crazy tuna tunes…

Nothing else to say

Only this honky tanky rhythm and this Silly Blues
monky tonky
wolly holy Molly U.

caracol a la 1 sale el sol

(Canción de niños)

Caracol
Caracol
a la 1 sale sol

Caracol
Caracol
a la 1 sale sol

Caracol
Caracol
saca la lengua
de cristal
por el retrovisor

Caracol
Caracol
a la 1 sale sol

Caracol
Caracol
a la 1 sale sol

Caracol
Caracol
baboso amante
del sol
duerme quieto
pequeña luna
sin uñas
ni comezón
en tus pies
de tuna

Caracol
Caracol
a la 1 sale sol.

un pie hablando a pata pelada

(Extraído del diario de un pie)

Sueño de un pie

A la Chapulina Azul-Morada
Quien me regaló este cuento

El pie derecho fue escalando lentamente por la pierna, a pie pelado, sin pasamontañas ni equipo de alpinismo.

El dedo gordo ya había desatado el nudo que lo ataba a los tobillos e iba indicando el camino a los otros dedos dubitativos. Ya no había marcha atrás posible.

El ascenso fue lento. El cuerpo lo atravesó maravillado.

El pie, molusco extraño, iba sintiendo los nudos infinitos de los pelos que unían la piel al mundo.

Por supuesto que iba temeroso y dudaba de las consecuencias que esta rebelión tendría en la cabeza. Seguía adelante, sin embargo, ilusionado con la imagen profética de sus uñas como los nuevos ojos oblicuos de la cabeza.

Imaginaba además a la cabeza, tiránica mandamás de andanzas infinitas por dunas de azogue y piedras afiladas, andando a ras del suelo.

Ya iba deslizándose entre el sexo y el ombligo, para después ascender por la breve loma perfectamente curva del estómago. Cerca al cuello, se detuvo. Se sintió extraño. Un sopor invadió su cuerpo y él cayó profundamente dormido en el arco del cuello.

Allí permaneció toda la noche imaginando desde ese fugaz rascacielos, el mundo que tocaba todos los días, sin ojos y oídos, como un cordón umbilical repleto de plumas.

el sexo y los pies

A continuación algunos sueños eróticos extraídos del diario de un pie:

Sueño I
Un pie soñaba con un colchón hecho de manos. En cada mano descansaba una pluma blanca. El pie avanzaba completamente desnudo por una selva de plumas blancas.

Adentro de cada pluma que el pie atravesaba dormía una mujer con pezones en sus tobillos.

Sueño II
Otro pie se imaginó atravesando un campo de tréboles infinito. Cada trébol tenía una lengua en forma de nube.

El campo se encontraba atravesado por muslos.
Las lenguas nubes se alzaban intentando tocar las columnas de piel.
El pie iba sintiendo la humedad de las lenguas sobre su planta.

Comienza a llover.

El pie se abriga utilizando una media como chalina y camina intentando integrarse a un muslo enorme rodeado de nubes.
La lluvia continúa cayendo lentamente sobre la planta de los pies.

mi zapatilla

Mi zapatilla se quedó enredada en una vereda.

Los hombres, ni caso le hicieron, siguieron andando.

Andaban preocupados por los negocios que llevaban en el maletín y en el bolsillo del pantalón.

Mi zapatilla no tiene ocupación ni vivienda estable.

Vive en condiciones precarias.

A veces le cuesta muchísimo despegarse de mi media.

Creo que anda desocupada y se está volviendo china y amarilla de tanto andar sin hacerle el amor a un par de sandalias.

Mi pobre zapatilla mira el cielo asombrada y no puede creer que los hombres no se detengan y dejen en el piso sus negocios y sus bolsillos llenos de papeles.

Es una zapatilla idealista.
Los hombres siguieron andando por la vereda sin detenerse.

club
de la
jirafa

A
mi
pequeña
Trinidad
para
que
pintes
jirafas
azules
del color
de la lluvia
de mis sueños.
Niña exploradora
A ti que te encantaba
dibujar cuadrúpedos de
de todos los tamaños. Y
que sin embargo te olvidabas
de los caballos y dibujabas
una jirafa extravagante y
soñadora que navegaba
debajo de mí y de ti
de mí de ti
tú de mí yo
de ti de mí
tú de ti yo

camelopardalis

«Las jirafas son extraterrestres disfrazados en pijamas amarillos»

Nadie sabe de dónde surgieron esas extrañas manchas
Ni esas antenas extraterrestres
O el pequeño rascacielos que contiene el cuello prolongado

La jirafa
Desde que se tiene noticia anduvo altiva
por la savannah africana

Presa altamente preciada
por cazadores salvajes y exploradores británicos
Persiguiendo con sus ojos soñadores las sondas del horizonte

Animal tan fantástico
Que ni la mitología pudo imaginar
O soñar…

Sueño descabellado:
tu cuerpo es un homenaje al delirio inherente a la geometría

¿Cómo llegaste aquí?
Con los ojos llenos de interrogaciones
Dejando perplejos a los hombres
Y a los árboles
A quienes les robaste
las tejas verdes y el techo…
riéndote apaciblemente

Estiras tus largas patas
para huir despavorida

de mis preguntas
y enredando el cuello desafías al mismísimo cielo

Debe existir otra ley de gravedad para ti:

una escalera capaz de sostener
el armazón de tu cuello

Alguien debería explicarnos como tu cuello un día salió despavorido persiguiendo un globo de gas y decidió no volver nunca mas cerca de la tierra

Jirafa: animal sonámbulo extraterrestre

de procedencia desconocida

¿Sabes que desafiaste todas las definiciones de los libros de zoología?

Que no encajaste dentro de ninguna clasificación
Es que eres inclasificable y terco
y nadie te va a hacer bajar el hocico Nadie

Animal soñador
hasta el ocapi (tu mellizo inclasificable)
alguna vez
pensó que no existías…
(si no se hubiera cruzado contigo un día
jamás te hubiera reconocido)

Jirafa: ¿has oído?
pensaron que eras cuento chino…

Tuviste otros nombres
Ya ni los recuerdo
Algunos pensaron también
Que eras un camello-leopardo

Se olvidaron
Que tu no tienes joroba
Y que de leopardo
sólo tienes una deriva fantástica
de manchas brillantes…

Aun así
(y esto debe ser un honor para ti
extravagante señor)
por andar siempre por las nubes
a un astrónomo delirante
se le ocurrió
que tu cuello había crecido tanto
que tus dispersas manchas marrones
Se trasladaron al cielo
Y formaron la más delirante constelación:

Camelopardalis o Camelopardis

Da igual el nombre
Lo importante   Total
Es que se confirmó
la ligera sospecha
que siempre habíamos tenido:
De que nunca fuiste completamente de este mundo
Pequeño gigante-extraterrestre-pintado-de-amarillo

nacimiento

La obstetricia nunca imaginó que una pequeña jirafa naciera del útero de esa extraña mujer, pálida y huesuda en extremo. Los médicos, sorprendidos, adujeron este extraño fenómeno a las más disparatadas causas. Algunos pensaron que en la fertilización in vitro, realizada de forma equivocada, se había utilizado una muestra de semen amarillo. Otros adujeron este extraño fenómeno a las radiaciones químicas de plantas nucleares cercanas. También se mencionó a las nuevas enfermedades virales a la que eran proclives mujeres embarazadas y los extremados cambios climáticos que venían sucediendo y cómo afectaban la forma como evolucionaría la vida en los próximos años.

Por último, algunos doctores supersticiosos y muy cercanos a experiencias místicas-y-neo-tecnológicas creyeron que este nacimiento anunciaba una nueva era en la evolución del cuerpo humano, que a través de distintas metamorfosis podría elevar su columna vertebral y así convertiría en un museo de huesos arcaicos la antigua columna vertebral.

Los nuevos huesos sintéticos –según ellos– llevarían a cabo el eterno sueño humano, realizado parcialmente por el desarrollo de la aeronáutica, de que el cerebro se encuentre de forma permanente a unos metros más por encima del suelo.

fase mitológica

Una jirafa consumió demasiadas drogas. Se quedó todo el día frente a un televisor comiendo canchita y soñó que alguien penetraba dentro de ella y examinaba su empinado esqueleto.

Adentro del esqueleto una mujer dormía alrededor de su cuello desnuda y tendida provocativamente en una escalera en forma de caracol. Al día siguiente el televisor había desaparecido. La habitación estaba vacía. La jirafa se despertó sin estructura ósea y un dolor de cabeza terrible. Su cuello se había disparado como satélite y estaba enredado alrededor de sus patas.

club de la jirafa

Durante el siglo XIX, en Londres, se fundó la primera Asociación de Cazadores de Jirafas. A este Club aristócrata pertenecían todos aquellos colonizadores ingleses que habían participado, o que en todo caso planeaban organizar, cacerías de jirafas.

Como reacción a la fundación de esta aborrecible asociación, las jirafas, luego de mandar los correspondientes pliegos legales a Inglaterra en defensa de sus intereses, decidieron organizarse y, para proteger sus tan preciados cuellos, que emiten sin cesar una deriva de manchas musicales, fundaron el club de la Jirafa. Donde se inscribieron en orden correspondiente, todos los cuellos de las jirafas y las partituras musicales que llevaban inscritas en las manchas de la piel.

Los cazadores británicos ignoraron siempre que cada vez que desaparecía una jirafa, desaparecía también la música que su cuello emitía al deslizarse entre los elevados árboles de la savannah africana. Las balas, hace ya mucho tiempo, habían bloqueado por completo sus oídos.

foto

Nada más complicado que tomarle una foto a una jirafa.

Aparte de que suelen esconder la cabeza entre las patas, a veces también se les da por esconder las patas encima de la cabeza.

tobogán

«El Universo es un tobogán de música que desciende por mi espalda» –dijo el niño.
-

«El niño es un universo de música que asciende por mi barriga de lata» –respondió el tobogán.

supermercado

Una jirafa iba de compras al supermercado en un taxi amarillo. A mitad del camino el taxi amarillo estalló en llamas. El conductor murió al instante. La jirafa asustada echó a correr y se alejó de la multitud de curiosos que la miraban incrédulos.

Llegó a la puerta del mall. Pero los vigilantes no la dejaban pasar al interior. Existía entre ellos temor a los destrozos que este poco precavido animal causaría a la preciada mercancía. La jirafa, no obstante, logró escabullirse de la vigilancia, y entrar en la sección de ropa interior y colgarse, orgullosa, todos los brassieres que estuvieron a su alcance en el cuello, y hacerlos volar por los aires.

Lo que sucedió después es indescriptible. La jirafa, zarandeando su cuello, escupía melones de todos los colores a los sorprendidos compradores, desparramaba golosinas por el suelo y, riendo, corría de un lado hacia otro sin poder detenerse. Los empresarios, furiosos, miraban consternados las cuantiosas pérdidas materiales de su prestigio local.

coca-cola

Dicen que las Jirafas no pueden consumir coca-cola. Nada más falso. Todo el día se la pasan bebiendo ese extraño líquido y eructando bajo el sol. Nadie sabe en realidad por qué, a veces se acercan a los campamentos de cazadores británicos y meten su enorme cuello entre la carpa buscando la ansiada presa. ¿Efectos imprevistos del marketing, quizás?

El problema es que a veces, las Jirafas, animales soñadores e incautos, se olvidan de destapar la botella. Y allí surge el problema, porque la botella de vidrio se les queda atascada en el cuello. Y, entonces, no hay nadie que se atreva a desatascarle el cuello. Nada más complicado en el mundo, por otro lado, que sacar una botella de vidrio del cuello de una jirafa. La jirafa zamaquea frenéticamente el cuello. Se da de golpes contra los árboles. Llora desconsoladamente, pero no logra nada con sus curiosos arrebatos.

Ocurre entonces un suceso inesperado, la Jirafa duerme durante meses con la respiración entrecortada, y la botella reposando sobre la tráquea. Hasta que la botella lentamente desciende hacia el estómago y se disuelve. Las manchas negras de la jirafa, lentamente, se tornan de vidrio, y su cuerpo empieza a hacerse transparente. La Jirafa se acuesta entonces, y sueña que el mundo que toca es transparente y feliz, como las Coca-colas que te venden todos los días en la televisión.

el rascacielos

Una arquitecta, Juana Domínguez, soñó con diseñar un rascacielos utilizando como modelo para el diseño del edificio el cuello de una jirafa. Se paseó por diversos zoológicos observando detenidamente el pelaje de las jirafas. Dibujaba una y otra vez las manchas, intentando ver las leyes geométricas que gobernaban sus formas y desvíos. Buscaba leyes geométricas, allí donde la naturaleza había ideado deriva y fantasía. Durante años, las formas más disímiles se coagularon firmemente en su cerebro sin mayor resultado.

Su padre, un reconocido biólogo, que había investigado concienzudamente la evolución de las distintas especies de animales, se había detenido investigando por años el comportamiento de las jirafas. Él intentaba deducir de sus estudios la evolución que habían seguido los distintos procesos de la vida en este planeta hasta confabularse o mimetizarse en la creación de este extraño animal.

«La naturaleza supera en sus obras fantásticas a cualquier fabulación posible del ser humano». Esta era la conclusión a la que su padre había llegado después de cuantiosas observaciones y agotadores años de estudio.

Su hija había crecido mirando a las empinadas jirafas correr libres en los prados descubiertos de África. Por muchos años, ella había ayudado a su padre en sus estudios tomándoles detalladas fotos a sus cuerpos y manchas.

Conocedora íntima de la anatomía de las jirafas, sería fácil para ella adaptar un edificio a la forma del cuello de una jirafa y darle la vuelta al axioma pronunciado por su padre: « El ser humano en sus obras supera a cualquier fabulación posible de la naturaleza».

jirafa navegante

Cuando una jirafa parte hacia el mar, hay una gran conmoción entre sus familiares. Todos corren al muelle para despedirse de ella. Saben que definitivamente, a pesar de sus innumerables promesas y ofrecimientos, ya no volverá.

Siguen largas ceremonias donde uno a uno, todos van despidiéndose y le van legando preciosos objetos, para que lo acompañen en el viaje. El padre le dará una vieja y gastada pipa. La madre, más precavida, un chaleco salvavidas. Los hermanos, le llevarán aquello que él más estima: una gastada fotografía de la National Geographic, viejos mapas, brújulas de todos los tamaños, submarinos de juguete, provisiones de comida, azúcar en cubos y, por supuesto, camisas de marinero.

La jirafa, impaciente por partir, intentará apresurar la ceremonia y se olvidará todo lo que le ha sido dado. Sólo llevará para el viaje la pipa y el chaleco salvavidas. Al andar sin objetos que lo ayuden a fijar la memoria, perderá fácilmente el rumbo. El mar será su único recuerdo. Olvidará que alguna vez tuvo una familia, que se despidió de ella desde alguna orilla ahora lejana. No sabrá tampoco a dónde se dirige, ni por qué motivo se encuentra en altamar.

La impaciente jirafa deambulará en círculos sin saberlo. Atrapada en innumerables corrientes marinas. Se tumbará boca-arriba esperando alguna señal que lo guíe entre las olas. Finalmente su barco chocará contra un arrecife oculto y la jirafa permanecerá sostenida por su salvavidas entre las olas fumando día y noche rodeada de innumerables erizos y estrellas de mar.

La familia, preocupada, esperará, por años, noticias de su hijo aventurero, con los brazos cruzados. Hasta que otro miembro de la familia, cansado de esperar, alzará la voz y dirá: «¡Mañana parto a buscar a mi hermano!». La familia intentará detenerlo. Pero todo será en vano. Preparará el velero por su cuenta y alistará todo para el viaje.

Seguirá nuevamente una gran conmoción en la familia. Promesas interminables del hermano menor que regresará con noticias de su hermano mayor. Todos correrán nuevamente hacia el muelle para despedirse de este nuevo aventurero y llevarle sus más preciadas posesiones. Sabrán, que a pesar de sus esfuerzos y súplicas, él también partirá y tampoco volverá.

En medio del Océano Atlántico, cientos de desmemoriadas jirafas sostenidas por débiles salvavidas se pasarán los días fumando y hablando entre ellas, rodeadas de erizos, caracoles y estrellas de mar. Las posesiones más preciadas de la tierra, que ataban a sus cuellos al pasado, y al futuro, permanecerán flotando entre las olas, a su lado, como pequeñas náufragas de tiempo, completamente olvidadas.

el reloj en medio del cuello

Los hombres llevamos el tiempo en las manos. O al menos creemos que cargamos el tiempo en las manos. Con las manos que utilizamos para fabricar objetos, y con las que aprendemos a contar el mundo en pequeñas cifras, hemos querido fabricarle un extraño objeto circular a ese escurridizo saltimbanqui que llamamos tiempo: el reloj.

Las jirafas no tienen manos. Ellas nunca han fabricado nada, excepto sueños y mitologías. Pero los sueños y las mitologías no son objetos. Y como nosotros sólo valoramos los objetos, siempre terminamos diciendo: ¡Qué perezosas que son las jirafas! Todo el día soñando, con la cabeza volando entre empinadas ramas de árboles.

Un día, una de esas perezosas jirafas, se tropezó con un reloj. Lo olfateó, y le pasó delicadamente la lengua, pensando que había descubierto una hoja de cristal, caída de alguna nube. Ahora con los avances de la tecnología cualquier cosa era posible. Hasta extrañas hojas circulares. Puso luego su oreja y escuchó su latido. Tic. Tac. Tic. Tac.

Le agrado el sonido. Le agrado tanto que se amarró el reloj al cuello. Así, el latido del reloj sería una prolongación del ritmo de su corazón. Día y noche escuchaba silenciosa la jirafa este bello sonido. Tic. Tac. Tic. Tac.

Poco a poco, el corazón de la ingenua jirafa empezó a marcar su ritmo vital utilizando como referencia el Tic Tac Tic Tac del reloj. El tiempo había ido amarrando sus manos al cuello de la jirafa. Esa noche, la jirafa tuvo un sueño extraño. Soñó que una trompeta estaba encadenada a una pared de concreto.

Al despertar, despedazó el reloj de su cuello. La jirafa había entendido, al fin, que el tiempo no era una tonada monótona y fija que terminaba convirtiendo la vida en cronogramas y jaulas de segundos, sino la música que el cielo de la savanah le había ofrendado al latido íntimo de su cuerpo.

jirafa en pijamas

La jirafa estaba con insomnio. Inquieta daba vueltas en su alargada habitación. No se podía echar de espaldas ni de costado. Sus alargadas patas estaban enredadas con las sábanas. Su cuello inquieto la jalaba hacia arriba mientras sus párpados descendían como lámparas chinas a punto de apagarse.

Las jirafas no pueden dormir más de 5 ó 10 minutos seguidos. Toda la noche se la pasan saltando de la cama al escritorio y del escritorio a una escalera en donde intentan que su empinado cuello descanse. Pero todo es en vano. El escritorio se llena de las manchas sonámbulas de la jirafa. La jirafa ya sin manchas, y en pijamas, deambula toda la noche y fuma cigarrillos de queso y hule.

La escalera, que sostiene al pesado edificio repleto de pepas negras, está a punto de romperse y caer al piso y perder el combate por knock out técnico. Su cuerpo quiere echarse. Pero el cuello inquieto quiere salir volando, correr los 100 metros planos, elevarse como antena parabólica, o escaparse por cualquier ventana y quedarse colgando como un poste desempleado repleto de afiches y otros anuncios imprescindibles para hombres y cuellos desesperados.

twilight

La jirafa andaba con el diccionario en la mano. La palabra «Twilight» se le había aparecido en un sueño y la andaba buscando entre sus largas patas.

La palabra «Twilight», que aparte de ser una palabra, es un momento del día, en el curvado reloj de los ingleses. Se reía de la pobre Jirafa que intentaba descifrar el momento exacto en el que ella «Twilight» se le aparecería volando frente a su empinada cabeza sobre el horizonte.

Twilight: Es un momento dentro del transcurrir del crepúsculo más que un crepúsculo. Es el momento en el que va desapareciendo el crepúsculo y en el que aparecen las primeras estrellas de la noche.

Sin embargo, como los diccionarios no quieren complicarse la vida con estas sutilezas inútiles para estos grandes libros de definiciones precisas del lenguaje, ellos simplemente han traducido:

Twilight = Crepúsculo

Nada más falso.

La jirafa dormía con el cuello extendido. Soñaba que el cielo era violeta y el mar tenía pelos de colores fosforescentes brillando entre sus extendidas axilas de espuma.

Twilight soñaba en que ella era ahora el tránsito de la noche al día.

La jirafa soñaba que amanecía a las 12 de la noche.

Amanece.

La palabra «Twilight», el diccionario para Jirafas y el Twilight que percibo a través del cielo se funden con los ojos de la mujer que amó.

Brillan como relámpagos, peces que cavan una luz más honda, esta noche.

homenaje a manchita

(Esta semana falleció, desgraciadamente, Manchita, jirafa del parque de las leyendas, aquí este pequeño homenaje en memoria de ella y de todas las jirafas juguetonas de cuellos larguísimos con doble elástico. Las jirafas son los animales más musicales del Universo. Llevan partituras y ritmos inscritos en cada uno de sus lunares repletos de manchas imborrables).

Cada vez que muere una persona, mueren también todas las canciones y ritmos que él o ella fueron guardando en el viejo y polvoriento disco de vinilo de su cerebro a lo largo de toda su existencia.

Cada vez que muere una canción, muere un pedazo de ese disco de vinilo del que está hecho nuestro cuerpo y el cuerpo repleto de manchas rítmicas y notas dispersas del Universo.

Cada vez que muere una jirafa, el Universo hace un minuto de silencio. Brillan en el cielo miles de constelaciones modeladas con los moldes de todas esas canciones que ya han dejado de existir. Y que sólo el melancólico universo ahora recuerda, pues al hacerlo palpa sus extremos, toca sus signos vitales y prolonga su existencia.

Cuando hayan desaparecido todas las jirafas, la música cesará de existir. El universo será un hombre triste, completamente ido, atravesando una calle silenciosa, por donde sin embargo han caminado alguna vez multitudes. Dejará de recordarse y se desvanecerán sus recuerdos, pues ya no tendrá una tonada que recordar o tocar. Al olvidarse de sí mismo, dejar de silbar y botar preocupado ese humo centelleante en forma de estrellas sin punta en todas las esquinas, dejará de existir.

Sólo quedará entonces, dispersa y volátil, como una nube antes de ponerse su pijama blanco en el cielo, la canción de cuna que algún día meció al universo con su melodía y así dio vida a las formas, los colores y las 4 dimensiones.

Manchita, tus canciones están grabadas para siempre en las sonrisas y ritmos de los niños que guardaste en tu resbaladizo estuche de memorias que brilla repleto de electrodos acrobáticos detrás de tus antenas parabólicas.

Radio-Sky:

El universo es música.
La vida baila vals y soul.
La muerte baila tap y blues.

tip tap toe tap tap tap
tip tap toe

La muerte y la vida son notas complementarias de una misma sinfonía inconclusa. Al cerrar y abrir los ojos, empieza nuevamente el sonido in crescendo....

La jirafa abrió los ojos...

Escalas musicales del color del cielo brillaban en su piel.

una jirafa se quedó dormida...

Una jirafa se quedó dormida en medio del paradero.

Los choferes pensaron que su cuello estirado hacia el cielo era un nuevo modelo de semáforo que respiraba.

Su cuello embotelló a toda la avenida en un frasco de colores transparentes y empezó así el caos vehicular que llevó a los aullidos, los bocinazos, varios ticos amarillos en llamas, puteadas, puños, la llegada de la tombería, dateros en plena fuga, linchamientos, zapatos desamarrados pintados de amarillo, mequetrefes, serafines, ambulantes y, cómo no, uno que otro raro periodista de cernícalos.

Eso sin tomar en cuenta un sinnúmero de alucinados y especies de fauna urbana, que deambulaban incautos en esa esquina…

La jirafa, completamente distraída, andaba soñando con un helado de Maracuyá.

el corazón de una jirafa

"El corazón de una jirafa debe generar cerca del doble de la presión sanguínea normal de un mamífero de gran tamaño para mantener el flujo de sangre al cerebro en contra de la gravedad."

Wikipedia

Una jirafa, esbelta como una nube de primavera, tenía en medio de su cuello un corazón de hojas verdes. Las hojas fueron deslizándose por el tobogán rojo que baja por la tráquea hasta quedar atascadas en el lugar exacto donde se encuentra este preciado órgano vital.

Poco después, las aves más raras iban confundiendo la cabeza de la jirafa con un nido de manchas elípticas y dejaban plumas de todos los colores que la despistada jirafa confundía con hojas de cielo hojas de sol hojas de viento y hojas de nubes.

La inquieta y enamoradiza jirafa, arquitecta de hojas y plumas, iba engullendo y construyendo un corazón de plumas azules para mirar el cielo, un corazón de plumas amarillas para tostar sus manchas al sol y un corazón de plumas blancas para alzar la lengua hacia las nubes y el viento.

Todo iba bien hasta que la jirafa se enamoraba de alguna pluma inalcanzable que ignoraba sus ruegos y prefería permanecer en una nube. Desesperada, con la presión reventando en las venas, corría de un lado a otro vomitando plumas y hojas de todos los colores. Su corazón, desnudo ya de plumas, hojas, memorias y otros cachivaches, se balanceaba hasta quedar boca abajo en la punta de la cola, mirando nuevas plumas platónicas henchidas de girasoles y estrellas.

el club de la jirafa



el club de la jirafa
se terminó de imprimir en
Ediciones Atenea S.A.C.
Av. Carlos Gonzales 256 San Miguel
teléfono: 452 4239
su tiraje fue de 300 ejemplares
Lima, junio de 2006



Naci en Lima, cielo panza de burro gris, costa panza de mar y dunas, calles panzas empedradas de semaforos y papeles de colores. No tengo 19 años. Mis pezuñas tienen mas de un cuarto de siglo. Ni hablar de mis axilas, mi ombligo, y mis manos que son mas viejas que yo porque tienen la edad de la tierra y el aire. Mi mujer ronca y solo canta mirando tiernamente a mi ombligo cuando hacemos el amor. En ese momento pareciera como si su cuerpo fuera un canto en el que se prolongan las notas incompletas de esta fugaz partitura que es mi vida. Yo silbo. Y entre un silbido y otro, busco una continuidad secreta entre mi vida y la de este universo, o el que me espera en el proxima paradero.

elclubdelajirafa



renzopugliesi